

KARALAI Y LOS CLONICOS

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION

KARALAI Y LOS CLÓNICOS

Título Original: *Karalai Y Los Clónicos*

Colección: La Conquista Del Espacio 626
ISBN: 9788402025258
Generado con: QualityEbook v0.71

CAPÍTULO I

AL atardecer, los vigilantes armados empujaron al grupo de mujeres hacia la empinada trocha que llevaba a la fortaleza-prisión.

Algunas se rezagaban y los guardias caían sobre ellas y avivaban su paso a latigazo limpio. Una de ellas cayó sobre la senda pedregosa, incapaz de sostenerse sobre sus esqueléticas piernas. Y allí, dos de los sicarios siguieron golpeando a la infeliz hasta que los rebenques se tiñeron de sangre.

El grupo formado por unas ochenta prisioneras se detuvo. En seguida se produjo una cierta conmoción entre aquella grey de personas desnutridas, sucias y harapientas.

—¡Es *Karalai, la loca*! —susurró una de las mujeres.

En efecto, una mujer alta y delgada, de largos y rojos cabellos hirsutos y bastos como la estopa, galopaba a grandes zancadas cuesta abajo.

Karalai, la loca.

Era salvajemente hermosa. A pesar de sus deslucidas vestiduras hechas jirones; por encima de las costras que cubrían su rostro de duras facciones. Por encima de todo, Karalai era una mujer muy atractiva.

Incluso Keffron, el corpulento jefe de los vigilantes, la admiró en aquel momento.

Karalai descendía a la carrera la cuesta, en dirección a la cola del grupo de asustadas prisioneras.

Todavía caían, inmisericordes, los látigos sobre la espalda de la mujer desfallecida, cuando llegó Karalai, lanzando alaridos que helaban la sangre en las venas.

Sus ojos color violeta lanzaban chispas y sus facciones aparecían

transidas en un rictus de locura.

También los guardias quedaron paralizados al verle venir convertido en una furia.

Karalai saltó sobre uno de ellos espectacularmente y le derribó de una seca patada en pleno rostro. Confundidos en revuelto montón, hombre y mujer cayeron al suelo.

Pero Karalai exhaló un grito agudísimo y se incorporó ágilmente. Llevaba en su mano derecha el látigo que acababa de arrebatar al guardia y lo chocó en el aire con terrible violencia.

El segundo vigilante retrocedió unos pasos, estupefacto. En el suelo, su compañero gemía débilmente con el rostro bañado en sangre.

De improviso, la serpiente de cuero cruzó su rostro en un relámpago fulminante y el hombre lanzó un alarido de dolor.

Karalai rugía como una posesa y su delgado, pero potente brazo, seguía golpeando al esbirro sin descanso.

A escasa distancia de allí, Keffron sonreía.

—Es un sádico —susurró una de las prisioneras, apiñada en el grupo —. Incluso goza viendo cómo la loca azota a sus guardias. ¡Mirad, mirad su rostro! Veréis cómo goza contemplando el sufrimiento de los demás.

Era cierto. En el rostro ancho y brutal del jefe de vigilantes se advertía un fruncimiento de feroz complacencia. Keffron era un sádico.

Por eso, aunque hubiera podido reprimir a la loca en pocos segundos, permitió aún que Karalai continuara azotando a los dos vigilantes, los cuales, derribados, reptaban sobre el suelo en un ridículo intento de escapar al castigo.

Cuando vio brotar la sangre de la piel de sus hombres, Keffron dio por terminado el episodio.

Caminando parsimoniosamente, se acercó a la prisionera, alzó un musculoso brazo y aferró la muñeca armada de la agresiva prisionera, hasta inmovilizarla por completo.

—¡Calma, Karalai! —gritó.

Pero la inmovilidad de la loca apenas duró unos segundos. Inmediatamente, Karalai se revolvió como una serpiente y trató de sacarle los ojos a Keffron con las duras uñas de su única mano libre. No lo consiguió enteramente. Es decir, sus uñas apenas desgarraron uno de los párpados antes de que Keffron la abatiera de un feroz puñetazo entre las cejas.

—Cogedla y arrastradla hasta la fortaleza —ordenó, sin conmoverse,

a los vigilantes que acababan de llegar a la carrera.

Y eso fue lo que aquellos hicieron. Uno de ellos, enorme, panzudo, aferró a la exánime Karalai por los rojos cabellos y la arrastró sin dificultad trocha adelante.

La pobre mujer que había recibido una larga tanda de azotes de los sicarios, se alzó del suelo de un brinco y se incorporó al grupo de prisioneras, aunque sus destrozadas vestiduras chorreaban sangre.

—¡Adelante! —gritó Keffron con su ronca voz. Y la grey de prisioneras se puso en marcha.

Caminaban con paso cansino, arrastrado y triste. Pero caminaban.

Obedecían ciegamente a Keffron y sus cuatro docenas de vigilantes. Acataban hasta la más leve indicación inmediatamente, porque sabían que la rebeldía se castigaba con atroz contundencia.

Al fin y al cabo, de poco valía rebelarse. El destino de aquellas mujeres era someterse a los trabajos forzados hasta que la fatiga y los malos tratos fueran acabando con todas, una por una.

Aquella misma mañana le había tocado a Kiwin, una pobre mujer que tenía el cuerpo lleno se úlceras supurantes. A Kiwim la habían azotado los vigilantes al venir el día… antes de que comprobaran que su inmovilidad no se debía a la pereza o a la enfermedad, sino a la muerte.

¿Dónde estaría ahora su pobre cadáver, su cuerpo desnutrido y cadavérico que llegó a pesar un tercio de lo normal?

Ninguna de las prisioneras de la fortaleza de Tparaiwa tenía noción de esto. Cuando alguien moría, los esbirros de Keffron sacaban el cadáver de la caverna que servía de mazmorra y nunca más volvía a saberse de aquella pobre infeliz.

Se rumoreaba que los guardias arrojaban los cadáveres al profundo barranco cercano a la fortaleza. Allí pululaban los reptiles por cientos, por miles…

¿Qué podía esperarse, entonces?

—Un cadáver no es nada —solía decir Keffron, cuando alguna de las forzadas intentaba la fuga—. Un cadáver sólo es una carroña: comida para las bestias. Conque…

Sí, exactamente: las sabandijas que pululaban al sol entre las rocas del profundo barranco tendrían un banquete cada vez que una prisionera feneciera.

La que más temía a los reptiles era Heera, una prisionera muy joven. Y los alrededores de Tparaiwa estaban infestados de ofidios de todos los tamaños y de repugnantes saurios de mordedura ponzoñosa.

Cuando trajeron a Heera a Tparaiwa, la muchacha sufría tremendos ataques de nervios cada vez que veía un reptil. Sus facciones perdían el color, comenzaba a temblar epilépticamente y vomitaba. Verdaderamente, la simple visión de una culebra producía una tremenda impresión en la joven.

Por eso, tanto más le asombraban los rumores que corrían acerca de *Karalai, la loca*. Según decían, aquella infeliz perturbada apresaba las serpientes con sus propias manos y las mataba con facilidad e incluso… ¡las devoraba!

Esto producía un sentimiento de repulsión en la aniñada Heera. Karalai la repelía porque no solamente cazaba, mataba y devoraba reptiles, sino que además adobaba sus pieles y se fabricaba vestidos con ellas.

—¿Cómo podrá llevar sobre su cuerpo esas horribles inmundicias? —se preguntaba Heera, estremecida.

Desde que llegara a la prisión de Tparaiwa, Heera había rehuido la proximidad de aquella extraña mujer de cabellos rojos.

¿Quién podría desear la amistad de un ser tan estrafalario? La personalidad de Karalai no podía ser más complicada: además de su indiferencia hacia los reptiles, nadie la había oído hablar jamás. Gritaba, eso sí; lanzaba alaridos cuando sufría uno de aquellos terribles ataques de locura. Pero nunca hablaba.

Además, según aseguraban las otras presas, Karalai era extranjera. Hysthar, la semidiosa que reinaba en todo el planeta Xeswoox, la había traído de algún remoto mundo exterior.

Sí, decididamente, a Heera le repelía aquella extranjera devoradora de reptiles.

Sin embargo, ahora experimentaba un sentimiento de compasión hacia Karalai. Veía cómo aquel descomunal vigilante llamado Gubrah la arrastraba por los cabellos, como si de un fardo se tratase. Las ropas, ya desgarradas, de Karalai iban quedando a jirones sobre el piso erizado de guijos y las rocas se manchaban de su sangre.

Heera tembló.

«*Alguien* debería hacer *algo*», pensó.

Hacer algo por Karalai, puesto que la extranjera —estaba claro— había atacado a los esbirros de Keffron para defender a una de sus compañeras de cautiverio.

Pero ¿quién podía ayudara a Karalai?

—Nadie —se respondió a sí misma Heera—. De las ochenta mujeres

que aún sobrevivimos en Tparaiwa, ni una sola se atrevería a desafiar a Keffron.

Sólo Karalai reaccionaba de tarde en tarde para salir en defensa de alguna compañera más débil que ella.

—Pero ¿qué podemos hacer? —se justificó Heera, caminando cansinamente en medio del rebaño humano—. Nos matan de hambre, nos abaten a latigazos, nos obligan a trabajar en esa mina de azufre hasta que nuestros cuerpos se niegan a seguir en pie.

Pero bajaba los ojos y se estremecía al contemplar el rastro de sangre que iba dejando Karalai sobre las rocas del camino.

—De todas formas, no hay esperanzas. Rebelarse es una locura. ¿Para qué? Según dicen, Karalai ha intentado fugarse docenas de veces, pero siempre la alcanzaron y la devolvieron a esa espeluznante fortaleza de Tparaiwa. Durante varias semanas, después de cada intento de fuga, nadie veía a Karalai. Al cabo, los guardias la incorporaban al grupo de trabajadoras forzadas. Como Karalai jamás hablaba, nadie sabía si había sido sometida a tormentos o a otra clase de castigo…

Al principio, siempre según los rumores de sus compañeras de reclusión, en Tparaiwa había casi cuatrocientas reclusas, obligadas a trabajar en la mina de azufre desde la mañana al atardecer.

¿Qué había sido de las otras, puesto que ahora sólo quedaban ochenta?

Heera ni siquiera se atrevía a especular sobre aquel enigma. La respuesta podía ser demasiado terrible.

Miró otra vez al suelo. La espalda de Karalai debía estar ya en carne viva, pues el rastro de sangre era más intenso ahora.

A Heera le castañetearon los dientes.

—¡Habría que hacer algo! —murmuró entre dientes—. Habría que…

¿Cómo pudo reaccionar así, de dónde sacó el valor necesario para iniciar aquella temeraria acción?

Todas se volvieron, como galvanizadas, cuando escucharon el alarido de Heera. La vieron abandonar el rebaño y correr a toda velocidad adelante. Luego saltó como una pantera sobre la espalda de Grubah, el mastodóntico guardián que arrastraba a Karalai. Sin dejar de chillar agudísimamente, Heera hundió sus pulgares en los ojos del obeso gigante, el cual gritó salvajemente, soltó a Karalai y apresó a la débil Heera en sus enormes zarpas.

La hubiera despedazado con sus manos, si Keffron no hubiera intervenido con un estentóreo:

—¡Suéltala, Gubrah!

Y así lo hizo, en efecto, el vigilante. Soltó a Heera con tanta violencia, que la delgadísima joven chocó contra el piso rocoso, exhaló un débil quejido y quedó inmóvil.

—Si la has matado, te arrancaré la piel a tiras —dijo Keffron a Gubrah.

CAPÍTULO II

SE rebulló en medio de las tinieblas y palpó el piso, húmedo.

Heera dejó escapar un gemido. Luego se palpó con cuidado el pecho, los brazos, las piernas, las caderas…

No, por fortuna no parecía tener ningún hueso fracturado. Si se había desmayado, la causa fue conmoción producida por el tremendo impacto contra las rocas. Ciertamente, tenía molido el cuerpo, pero aún vivía.

Tuvo miedo.

—¿Por qué me han traído aquí, por qué no estoy con mis compañeras? —se preguntó, temblorosa.

Normalmente, Heera ocupaba una de las cavernas-mazmorras con otras quince prisioneras. Existían otras estancias subterráneas en la fortaleza, en las cuales se distribuían las restantes reclusas en grupos de quince o veinte.

Sólo Karalai disponía de una caverna para ella sola. ¿Los motivos? Heera no los conocía, aunque siempre había supuesto que sus compañeras rehuían a la extranjera tanto como ella misma. Se decía que Karalai convivía en su mazmorra con varias grandes serpientes.

En la caverna que ocupaba con otras mujeres, Heera se hubiera sentido más segura.

Allí por lo menos había una lamparilla de aceite encendida toda la noche. Allí, las prisioneras se apretujaban unas contra otras, con la esperanza de comunicarse un poco de calor, una pizca de esperanza.

Aunque muchas de ellas habían llegado a un increíble grado de embrutecimiento e indiferencia, las horas de la noche servían para hablar en susurros, para darse alientos entre sí, para buscar esa mínima

ternura que es imprescindible a todo ser humano.

Pero ahora Heera no se encontraba en la mazmorra común, sino en algún lugar ignorado y tenebroso.

Como la oscuridad era total, Heera no se atrevía a moverse.

—Tal vez…, tal vez esté al borde de un precipicio, de uno de esos profundos pozos de los subterráneos más recónditos —se estremeció.

Probablemente, hubiera permanecido por el resto de la noche absolutamente inmóvil, de no producirse aquel sonido casi imperceptible.

Su instinto de conservación la impulsó a incorporarse sobre las rodillas, retroceder un poco y aguzar los sentidos.

El sonido se repitió a los pocos segundos.

—¡Un gemido! Un gemido apenas perceptible —dedujo Heera.

Sus delgados brazos se tornaron rígidos y sus uñas, fuertes y duras por el cruel trabajo en la mina, se aprestaron a la defensa.

Aguardó, con el alma en vilo, esperando ser acometida en las tinieblas. Pero transcurrió el tiempo y no ocurrió nada desagradable.

Es decir: sólo volvió a oírse aquel débil lamento al cabo de unos minutos de tensa espera.

Recogida sobre sí misma y más tranquila —aunque sin abandonar su actitud defensiva—, Heera dejó pasar el tiempo.

Al cabo, la curiosidad fue más fuerte que el miedo. Como estaba casi segura de que otra persona compartía con ella la mazmorra a la que la habían arrojado, decidió averiguar de quién se trataba.

Avanzó, pues, un poco; rastreó en la dirección de la que provenían los lamentos y se arriesgó a denunciarse a sí misma, inquiriendo en un susurro:

—¿Quién está ahí…, quién es?

La única respuesta fue un quejido prolongado.

Súbitamente, Heera adivinó la identidad de la persona que compartía con ella la tenebrosa caverna…

¡*Karalai, la Loca*!

—Debí sospecharlo —caviló Heera, preocupada, temerosa—, Nos han castigado por rebelarnos contra esos individuos de la guardia. Para ello, en primer lugar nos han apartado de las demás y nos han encerrado en una mazmorra ignorada.

Retrocedió de un respingo.

¿Y si se encontraba en la caverna que solía ocupar Karalai…, aquel

antro donde la extranjera de los cabellos rojos dormía en compañía de repugnantes serpientes?

Tal posibilidad le puso la carne de gallina y la agitó en un escalofrío violento.

Al cabo, retrocedió lentamente, con los ojos desmesuradamente abiertos, tratando de captar en las espesas sombras el origen del peligro.

Karalai —pues ya estaba segura de que era ella— volvió a quejarse. Y sus gemidos eran tan impresionantes y quejumbrosos, que Heera perdió el miedo y, movida por la compasión, se acercó despacio al lugar del que brotaban los *ayes*.

Palpó un cuerpo tibio, sintió la viscosidad de la sangre bajo las yemas de sus dedos. Aquel contacto debió herir a la extranjera, pues en seguida Heera escuchó los gemidos de dolor de Karalai.

En la oscuridad, se humedecieron los ojos de la joven prisionera.

—¿Qué puedo hacer por ti? —murmuró, compadecida e impotente al mismo tiempo.

Karalai se movió.

Debía padecer mucho, pues en seguida se oyó el sordo baque de su cuerpo, que tornaba a caer en tierra.

Heera sollozó.

Y luego, dejándose llevar por la ira y la impotencia, gritó:

—¡Maldita seas, Hystar, por habernos sepultado en un infierno como éste! ¡Maldita seas mil veces, por toda la eternidad!

Fuera de sí, comenzó a golpear el suelo con sus puños, movida por un violento ataque de histeria.

Hasta que una mano callosa aferró su muñeca y la detuvo.

—Calma, Heera. Vas a destrozar tus manos.

La muchacha se detuvo.

Estupefacta, suspiró.

¿Quién había pronunciado aquellas serenas y cálidas palabras? La persona que acababa de hablar poseía una bellísima voz, perfectamente timbrada y rica en matices. Era una voz capaz de infundir confianza en las situaciones más extremas.

Heera tornó a suspirar.

—¿Karalai? —musitó.

—¿Quién, si no, pequeña Heera? Tranquilízate.

Las callosas manos oprimían sus hombros en un contacto cálido y reconfortante.

—¡Pero tú…! Nunca te oí hablar. ¡Todos creemos que eres muda…! —exclamó Heera, asombrada.

La respuesta de la extranjera tardó en llegar.

—Cuando me arrebataron de Raindstarr y me trajeron aquí, yo desconocía por completo vuestra lengua —explicó—. Hablaba y me agitaba tratando de hacerme entender, pero nadie comprendía mi idioma. Al fin, decidí que lo más sensato era permanecer callada. Y eso he hecho hasta ahora. Pero el largo cautiverio me ha servido, al menos, para dominar vuestra lengua.

Heera la oía fascinada. Ni siquiera se atrevía ahora a interrumpir a la mujer que permanecía en las sombras, asiéndola firmemente por los hombros.

—Después… decidí que lo mejor era seguir fingiendo no entender vuestro idioma. Ellos no saben que ya lo entiendo todo y puedo expresarme fácilmente en vuestra lengua, ¿puedes comprender esto, Heera? —habló Karalai.

—Sí —asintió la muchacha.

Y volvió a enmudecer.

Al cabo, susurró:

—¿Qué lugar es éste, Karalai?

—Una caverna inmunda a la que me arrojaron hace largo tiempo. Tiene unos gruesos barrotes metálicos que he intentado serrar durante muchas noches de encierro. Pero es inútil. Las pequeñas herramientas que he logrado escamotear nada pueden contra el durísimo metal de la reja.

Heera se atragantó.

—¿Quieres…, quieres decir que éste es tu encierro habitual? —preguntó, aterrada.

—Sí. ¿Por qué te asombra tanto?

—¡Las serpientes! He oído decir que…

En la oscuridad resonó la risa de Karalai.

Heera no podía entender cómo la extranjera tenía aún fuerzas para reír. Sin embargo, aquellas risas de Karalai produjeron un efecto beneficioso en el ánimo de la joven prisionera. El vigor y la ironía que vibraban en las carcajadas de Karalai sirvieron para despejar un poco los temores de Heera.

—¿Quieres decir que… que no hay serpientes? —quiso asegurarse.

De nuevo resonó en las tinieblas la carcajada contagiosa de *la loca.*

—No, no hay serpientes. Y tampoco estoy loca, aunque lo simulo —confesó, al cabo.

—Pero oí decir que…

—Lo sé, lo sé. Son habladurías de nuestras torpes compañeras: creen a ciegas lo que Keffron y sus secuaces comentan entre ellos. Admito que el sistema que ellos utilizan con nosotras es suficiente para enloquecernos. Y eso es lo que ellos esperan: que todas nos volvamos locas y vayamos degenerando hasta la muerte. Puesto que esperan que yo esté loca, nada me cuesta darles ese gusto. Por eso grito como una posesa y me muestro brusca, violenta y peligrosa.

Calló de pronto y sus manos soltaron con violencia los hombros de la muchacha.

—Espero, por tu bien, que si sales con vida de aquí no digas jamás una palabra de lo que has oído de mis labios —advirtió con voz vibrante en la que latía un trémulo peligroso.

CAPÍTULO III

SE oyó un rumor desconcertante y en la oscuridad destacó un trozo luminoso. En seguida brilló la luz titilante de una llamita azulada.

—¿Qué es eso?

—Ya lo ves —replicó la extranjera—: una lamparilla de aceite. He querido demostrarte que aquí no hay reptiles. Aunque… me conviene que ellos crean lo contrario. De esa forma, nunca se atreven a penetrar en mi covacha.

Asombrada, Heera contempló el alargado subterráneo cerrado en uno de sus extremos por una reja de barrotes tan gruesos como el brazo de un hombre musculoso.

El recinto ofrecía una bóveda muy baja que apenas permitía a una persona caminar erguida. Al fondo, se veían numerosas oquedades en la roca: agujeros de pequeño tamaño, concavidades misteriosa, grietas…

A la izquierda, el camastro de Karalai, formado por pieles de serpiente curtida y cosida y relleno de hierba seca. Al contemplar el característico dibujo de las pieles de serpiente, Heera se agitó en un escalofrío de miedo y repugnancia.

Comprendiendo su estado de ánimo, Karalai dijo:

—No temas. Las pieles de serpiente bien curtidas nos servirán para descansar cómodamente. Acércate, tócalas sin miedo. Así. ¿Ves? El tacto es suave y tibio y no despiden mal olor. Tranquilízate.

Heera suspiró.

—¡Es horrible, esa espalda tuya en carne viva! —exclamó, compadecida—. Me gustarla curarte, pero no tengo nada con que… Lo siento, Karalai: ni siquiera tengo resistencia para soportar la vista de ésa carnicería.

La extranjera dejó la lamparilla en una de las oquedades y se volvió hacia Heera. La contempló fijamente; los ojos de Karalai despedían chispas ígneas.

—Tendrás que resistirlo todo…, si quieres escapar con vida de aquí. Y ahora ven. Yo me tenderé sobre el camastro y tú me aplicarás este bálsamo en las llagas. No te detengas si me oyes gritar: verdaderamente ese bárbaro de Grubah por poco no termina conmigo en esta ocasión.

Heera se acercó, tímida, y tomó el pequeño cuenco que le tendía Karalai. Pero estuvo a punto de chillar de espanto al comprobar que el cuenco que contenía el bálsamo no era sino… el cráneo vaciado de una serpiente.

—Vamos, Heera: no seas niña. ¿Qué importancia tiene eso? Si quieres saberlo de una vez, te diré la verdad: también el bálsamo está hecho con extractos vegetales y grasa de serpiente —dijo Karalai con una sonrisa bailando en sus ensangrentados labios.

La mano de la muchacha tembló, pero sus dedos aferraron con fuerza el cráneo de serpiente.

Entonces Karalai dejó caer sus harapos y quedó desnuda por completo. Maravillada, Heera apenas pudo contener una exclamación de sincera admiración.

El cuerpo de Karalai era un verdadero prodigio de equilibrio y perfección. Aparte de las feas y rojizas llagas de la espalda, la piel de su cintura y sus caderas era broncínea pero delicada, tersa y brillante.

—Eres una verdadera mujer —murmuró Heera, fervientemente—. Pero ¿por qué tu cuerpo está limpio y perfumado, cuando tu rostro, piernas y brazos están llenos de costras y suciedad y tus cabellos roñosos y bastos?

Karalai se tendió boca abajo sobre el camastro.

Heera untó los dedos de su mano derecha en el blando ungüento y comenzó a aplicarlo sobre la lacerada espalda de Karalai. Al principio, ésta apenas pudo contener un espasmo de dolor, pero cuando Heera fue cubriendo delicadamente las llagas con el bálsamo, la extranjera dejó escapar un suspiro de alivio.

Tras descansar unos minutos, miró fijamente a la muchacha.

—No olvidaré tu ayuda, Heera —dijo—. Cuando nos traían aquí, recobré momentáneamente el conocimiento y escuché los comentarios de Grubah. Sé que saliste en mi defensa. Te lo confieso…, ¡nunca lo hubiera esperado de ti!

—¿Por qué? —se picó Heera.

—Pareces demasiado débil, demasiado niña, demasiado indefensa… Sin embargo, tuviste una reacción increíble… ¡enfrentarte a ese salvaje de Grubah por ayudarme!

—Ni siquiera yo lo entiendo —susurró Heera—. No te tenía mucha simpatía. En realidad, ese efecto tuyo por las serpientes me repelía. Pero vi cómo defendías a Majií, cómo te enfrentabas valientemente a dos fornidos guardianes e incluso fuiste capaz de abatirlos. Luego… contemplé el rostro que dejaba tu sangre en el sendero y… Bueno, Karalai, no sé qué me pasó. Ni yo misma suponía que hubiera en mí tanto coraje.

—El abuso y los ultrajes confieren valor al más débil —comentó filosóficamente Karalai—. Te lo agradezco de todo corazón. Y por ello, tal vez… Tal vez…

—¿Qué? —inquirió Heera, anhelante.

—Nada, por ahora —las atractivas facciones de Karalai se endurecieron—. Si puedo hacer algo por ti, lo haré. Por el momento, déjame que examine tus magulladuras.

Heera se incorporó de un respingo.

—¡Oh, no, no permitiré que me untes con ese ungüento a base de grasa de reptil! —exclamó. Y retrocedió, aterrada.

Karalai sonrió tristemente.

—Ya. Veo que, en el fondo, sigues siendo una niña asustada y torpe. Haz como quieras, Heera, pero te lo prevengo: si no me dejas que aplique el bálsamo en tus magulladuras, mañana sufrirás tremendos dolores y no podrás moverte del camastro —dijo.

Guardó el cuenco en su agujero, sacó de otra cavidad una rústica túnica de algodón y se vistió.

De repente, Heera se arrodilló ante ella.

—¿Estás segura de que ese unto no huele mal? ¿Me hará bien? —murmuró.

Karalai tornó a sonreír. Fue hacia el muro y, a contraluz de la llama de la lamparilla, su larga y descuidada mirada pareció incendiarse en resplandores rojizos. Volvió en seguida con el cuenco en la mano y dijo:

—Desnúdate.

Heera vaciló. Aunque se había visto obligada a afrontar tragos muy desagradables, no tenía la suficiente confianza con Karalai como para desnudarse ante ella. Sin embargo, las facciones de la extranjera se endurecieron y Heera optó por obedecer.

La expresión de Karalai se dulcificó al contemplar aquel cuerpo

larguirucho de adolescente, sin formas muy definidas aún.

Con cuidado, fue buscando los múltiples hematomas, rasguños y llagas que salpicaban el joven cuerpo y aplicó levemente el bálsamo.

Cuando terminó, Heera murmuró:

—¡Es extraordinario! ¡Ya empiezo a sentir alivio…!

Karalai la miró un momento, pero no hizo ningún comentario.

Heera la vio introducir un brazo en una de las oscuras oquedades y sacar algo envuelto en un trapo.

—Karalai, tengo hambre. ¡Esos canallas ni siquiera nos entregaron la bazofia que nos dan por comida…! —exclamó la muchacha, acariciándose inconscientemente el estómago.

—No te preocupes —la extranjera plegó sus largas piernas y se arrodilló sobre el camastro—. Aquí guardo algo de comer. Ten.

La muchacha tomó con avidez las viandas que Karalai la ofrecía. Mordió y masticó la comida con fruición, sin dejar de hacer gestos y visajes de asentimiento que demostraban gráficamente su satisfacción.

—¿Te gusta? —preguntó Karalai.

—¡Delicioso! ¿Qué es? Jamás comí nada más suculento. Parece carne —comentó la joven.

—Es carne. Carne de serpiente —respondió Karalai.

El rostro de Heera se crispó y su cuerpo tembló.

Karalai corrió hacia ella y la tomó por los hombros.

—Sé que estás a punto de vomitar, pero tienes que impedirlo —explicó, con voz cálida, pero enérgica—. Escucha: la comida que acabas de ingerir está suculenta, como tú has dicho. Y eso es lo que importa. Pero tengo que decirte algo más: probablemente nos mantendrán encerradas por quince días, en ayuno absoluto. Si tu estómago no te admite la carne de serpiente que guardo bien asada en ese agujero, morirás por inanición, Heera.

La joven respiró profundamente para contener las náuseas que alborotaban su estómago.

Poco a poco fue tranquilizándose. Tomó su mísero vestido y se lo puso.

Karalai la tomó por un brazo y la condujo al camastro.

—Tiéndete. Yo traeré una manta tejida con fibras vegetales que fui trayendo a escondidas. Ahora, hemos de apagar la luz: es preciso ahorrar la grasa de serpiente.

Karalai hizo lo que había anunciado: trajo la manta, cubrió con ella

a Heera, apagó la luz y se tendió a su lado.

—¿Por qué has de apagar la luz? ¿Es que no te dan aceite para la lamparilla, como a las demás? —preguntó la muchacha en la oscuridad.

—Heera, aún no lo entiendes: yo vine aquí «recomendada». Keffron recibió órdenes específicas respecto a mí —susurró Karalai.

—¿Ordenes específicas?

—Sí. Dictadas por la propia Hysthar, esa bruja perturbada a la que las criaturas de este planeta consideráis una diosa. Hysthar sólo quiere verme sufrir hasta el fin de mis días. Cuando vine a Tparaiwa, yo sabía que no iba a recibir un trato de favor, ¿comprendes? Por eso me encerré en mí misma y me endurecí lo suficiente para poder soportar las adversidades. Y así he logrado sobrevivir.

Callaron un momento.

Luego, Heera dijo, admirada:

—Eres una mujer muy sabia, Karalai. Has logrado engañarnos a todos. No sólo a los esbirros de Keffron y a él mismo, sino incluso a nosotras… Pero dime, ¿cómo te las arreglas para fabricar el aceite?

La extranjera rio en la oscuridad.

—No es aceite, propiamente dicho, sino grasa. Grasa de serpiente, como la que utilicé para fabricar el bálsamo que está curando tus magulladuras y heridas.

—¡Todo a base de las odiosas serpientes…! —exclamó la adolescente, fascinada.

—No tan odiosas, puesto que me han permitido sobrevivir. Reflexiona, Heera: los lomos de las serpientes son exquisitos. La comida que nos dan aquí es sucia y mísera, escasísima. Apenas nos dan lo suficiente para prolongar nuestra agonía durante años.

—Ahora comprendo por qué tú eres más fuerte y resistente que todas las demás…

—Tienes razón. Yo no le hago ascos a la carne de serpiente, que es muy nutritiva y mejora nuestra miserable dieta alimenticia. Al principio, yo sentía el mismo temor que tú hacia las serpientes. Pero los ofidios abundan en los alrededores de esta fortaleza. Era lo único que tenía al alcance de mi mano, así que estudié la forma de cazarlas sin peligro para mí. He cazado y matado miles de serpientes. De ellas obtengo todo lo que necesito para sobrevivir: comida, grasa, piel y… veneno.

—¿Veneno? ¿Para qué quieres el veneno? —exclamó Heera.

—Para defenderme de los rufianes que nos vigilan, si llegara el caso

—respondió Karalai, con decisión—. Guardo siempre entre mis ropas un curioso artilugio formado por un colmillo de serpiente y una pequeña vejiga de piel, llena de veneno. Basta hincar ese colmillo en la carne de una persona y oprimir ligeramente la vejiga, para que el individuo muera en pocas horas, con el cuerpo horriblemente hinchado.

Heera se estremeció bajo la manta.

—¿Serías capaz de hacerlo? —susurró, impresionada.

—Sí —respondió su compañera.

—Pero… ¿de qué te servirla? Te abatirían a latigazos y a golpes, te destrozarían viva, te matarían.

—Sólo utilizaré mi arma en el último momento —explicó Karalai—. Cuando ese instante haya llegado, no vacilaré.

Hizo una pausa y añadió:

—Pero ellos no quieren matarnos, sino dejarnos morir poco a poco. Es la consigna que han recibido desde Xeswooxathis, donde vive la odiosa Hysthar.

CAPÍTULO IV

LAS predicciones de Karalai se cumplieron al pie de la letra: a la mañana siguiente, los vigilantes no vinieron a la mazmorra.

—Permaneceremos encerradas hasta que Keffron se acuerde de nosotras. Entretanto, sólo nos entregarán un odre de agua cada tres o cuatro días. Ni una migaja de comida.

Así fue.

Al segundo día de encierro, oyeron un chirrido lejano. Al cabo de unos minutos, percibieron un resplandor fuerte: alguien llegaba.

Era Harkon, un gigantesco vigilante de aspecto grosero y repugnante. Harkon no poseía pelo, ni pestañas, ni siquiera cejas, por lo que su brutal rostro ofrecía una apariencia extraña y muy desagradable.

El vigilante colgó su lámpara en la misma reja de la caverna y se quedó mirando lascivamente a Heera semidesnuda sobre el camastro.

En cambio, a Karalai le dedicó una breve mirada despectiva, sacó de debajo de su cintura una barra metálica que introdujo en el cierre de la reja. Luego abrió ésta y dejó dentro de la mazmorra un odre lleno de agua.

A continuación, Harkon hizo algo insólito: se aflojó el cinturón, se bajó los pantalones de cuero y mostró el sexo, despoblado por completo de vello púbico.

—Vamos, pequeña: sal de ahí —ordenó con voz bronca—. Es hora de que tú y yo comencemos a conocernos íntimamente.

Karalai percibió el temblor de la muchacha y sintió compasión de ella y una repugnancia profunda hacia el brutal guardián, que no reparaba en ofender y asustar a una chiquita como Heera.

—Si no sales, entraré yo a buscarte —amenazó Harkon.

Y dio unos pasos dentro de la caverna.

Pero se detuvo de repente. Acababa de escuchar un silbido sordo, acompañado de un entrechocar de huesecillos semejante al producido por un crótalo.

Harkon palideció. Luego, dio media vuelta y escapó en una grotesca carrera fuera de la mazmorra.

Cerró apresuradamente la reja y dirigió una mirada venenosa a Karalai. Blandiendo un enorme puño en alto, barbotó:

—¡Tú y tus asquerosas serpientes…! Un día he de estrangularte con mis propias manos.

Y recogiendo el farol, escapó.

Cuando la caverna quedó en tinieblas, Karalai rio entre dientes.

Heera, por el contrario, tiritaba de pavor.

—Me prometiste…, me dijiste que…, que no habla serpientes. Pero yo acabo de oír…

Las carcajadas de Karalai cesaron.

—No seas niña, Heera: te dije la verdad. No hay serpientes aquí.

—Pero ese silbido furioso, ese crujir de crótalos…

—He aprendido muchas cosas de las serpientes —susurró la extranjera, oprimiendo cálidamente los hombros de su compañera—. Entre ellas, a imitar sus furiosos silbidos y sus *crotóleos*. Tuve que hacerlo para impedir que Harkon te sacase de aquí y te violase, ¿no lo entiendes?

Heera buscó su mano en la oscuridad y se la besó.

—Gracias —dijo, emocionada—. Lo siento, me he asustado tontamente.

Karalai rio y Heera la imitó. Durante unos minutos, ambas mujeres dieron rienda suelta a su tensión lanzando interminables carcajadas.

Al fin, Karalai calló.

—Karalai…

—¿Qué?

—Ahora comprendo el significado de tu aparente desidia, de esas costras que tienen tus facciones y de la suciedad que hay en tus piernas. Lo haces a propósito, ¿verdad? —planteó Heera.

Karalai asintió en la oscuridad.

—Lo has adivinado. Personalmente, me repugna la suciedad, pero es mi única defensa contra la brutalidad de los esbirros de Keffron, que ya intentaron violarme en varias ocasiones. Una vez… Bueno, tuve que

revolcarme en mis propios excrementos para impedir que Grubah me mancillase. Por eso me odia a muerte: porque, aunque fuera de un modo repugnante, conseguí alejarle de mí —pronunció con voz profunda y tremante.

»Es horrible. Me resultaba asqueroso revolearme en las inmundicias, me asqueaba mi propio hedor. Y me sigue asqueando, aunque ya he llegado a acostumbrarme un tanto. Si apareciese limpia y deseable, esos rufianes me violarían. Y no pienso permitirlo de ninguna manera.

Heera se removió en el camastro.

—Mis compañeras dicen que Keffron está enamorado de ti —musitó.

Karalai rio sin ganas.

—Yo…, yo le odio. Es un ser sin entrañas, como todos los demás, Hysthar sabía muy bien lo que hacía cuando seleccionó a esos viles individuos…

—¿Qué quieres decir?

—¿No has visto que todos son iguales? Los guardias de la fortaleza de Tparaiwa se parecen entre sí como una gota de agua a otra: todos son gigantescos, robustos y crueles hasta la impiedad. Son seres como el hielo, incapaces de conmoverse ante los sufrimientos de un puñado de débiles mujeres —dijo Karalai, dominada por el rencor y la impotencia.

Heera comenzó a sollozar mansamente.

—¿Lloras? —exclamó la extranjera inclinándose sobre ella—. ¿Por qué?

—Porque me siento desesperada —confesó la adolescente—. Yo era feliz en el hogar de mis padres, allá en Xeswooxathis. Estaba estudiando Medicina y mi ilusión era cuidar de los enfermos y sanarlos. A Hysthar la veneraba como a una santa, como a una diosa. Para nosotros era un ser irreal, evanescente, confuso… Un ser superior, que incluso carecía de apariencia humana, pues sus súbditos jamás la habíamos visto, ni se distribuían imágenes suyas a lo ancho del planeta. Cuando preguntaba a mi madre cómo era Hysthar, ella callaba. Nadie la había visto, aunque se aseguraba que moraba en el palacio de Kooremyrt, erigido en alto risco que domina toda la ciudad, pues está situado en el centro mismo de Xeswooxathis.

—Sigue —pidió Karalai, al comprobar que la muchacha se interrumpía.

—El profesor Ranna y otros fueron a hablar con mi padre. Mi padre salió un día de casa y volvió llorando. Me sentí traspasada por la angustia y fui a su habitación y me refugié en su regazo. Quería

consolarla, saber la causa de su aflicción, pero no conseguí nada positivo, Mi madre secó al fin sus lágrimas y me miró fijamente. «No lloro por mí, pobre Heera, sino por ti.»

—¿Eso dijo?

—Fue lo único que logré arrancarle. No me dio más explicaciones. Pero lo comprendí todo al cabo de unas semanas, cuando mi padre vino a hablarme en privado. Me dijo: «Tienes que someterte: es la voluntad de Hysthar.»

—¿Qué quería decir?

—Me lo explicó al cabo de varios rodeos que sólo sirvieron para confundirme. En una palabra: tenía que someterme a la esterilización quirúrgica, era un mandato de Hysthar. Yo me conmoví al escuchar las explicaciones de mi padre. Tú quizá puedas comprenderlo: para una adolescente como yo, no hay deseo más ferviente que el de ser madre algún día… ¡Y la esterilización quirúrgica suponía el final de todos mis sueños de maternidad!

—Te comprendo —susurró Karalai, abrazándola tiernamente.

Heera tornó a sollozar, pero Karalai la sacudió sin rigor.

—Debes ser fuerte y dominar tus sentimientos, Heera. Es la única forma de sobrevivir —dijo.

Permanecieron un rato en silencio.

Al cabo, Karalai dijo:

—Sigue hablando, Heera. Vamos a pasar muchos días encerradas y nuestras confidencias servirán para evitar que el tiempo pese sobre nosotras como una losa de plomo. Habla, pequeña Heera.

—Pues bien: mi padre trató de convencerme de que debía plegarme al mandato de Hysthar. Me explicó que las represalias serían terribles si me negaba a dejarme esterilizar, me pintó un panorama sombrío de prisiones y ultrajes… Pero yo no cedí.

—¿Qué ocurrió?

—Pasaron unos días. Al cabo, llegó a casa el odioso profesor Ranna y su equipo de médicos. Venían a por mí. Pero, cuando se disponían a llevarme a sus centros de esterilización, intervino uno de los jóvenes que acompañaban a Ranna. Era un hombre muy guapo y apuesto, creo que se llamaba doctor Wandori. «Nadie debe ir contra la voluntad de esta joven. Ella tiene derecho a elegir.» El profesor Ranna se encolerizó. Luego dio orden a los guardias de que me llevasen por la fuerza, pero Wandori intervino nuevamente con energía y se enfrentó a los gorilas a golpe limpio, Creo que después se vio obligado a huir para salvar la

vida. En cuanto a mí…

—Imagino que no lograron llevarte al hospital de esterilización…

—El profesor Ranna se marchó de casa barbotando amenazas. Pero en los días siguientes no ocurrió nada, lo cual me hizo concebir esperanzas. Por desgracia, llegaron otra vez los guardias, esta vez sin el equipo de médicos de Ranna. Me apresaron y me llevaron a unos calabozos, donde permanecí encerrada largos días. Luego me trajeron aquí. Supongo que éste es el castigo por haberme negado a la esterilización —terminó Heera, con acento triste.

—Fuiste muy valiente, pequeña —aplaudió Karalai—. Desafiaste a Hysthar y has conservado tus posibilidades de ser madre algún día.

—¿De qué me sirve? No podemos engañarnos, Karalai: jamás lograremos salir de aquí —se lamentó la joven.

—¡Quién sabe…! Dime, ¿cómo era ese doctor Wandori?

—¿Por qué te interesas por él?

—Porque dio muestras de honradez e integridad, sólo por eso. ¿Dices que Wandori logró escapar? —indagó Karalai con gran interés.

—Sí. Mi padre dijo que Wandori era un loco al desafiar al poderoso profesor Ranna, director de los planes de esterilización ordenados por Hysthar. Al parecer, el doctor Wandori estaba en total desacuerdo con dichos planes, pero formaba parte del equipo de Ranna con el fin de evitar la catástrofe en la medida de lo posible. Después de golpear a los guardias, huyó y consiguió introducirse en la Base de Hakkor, donde robó una de las aeronaves de Hysthar y escapó con rumbo desconocido. Se rumoreó que había logrado hallar cobijo entre las tribus salvajes de las montañas Gampapoi…

—¿Las Gampapoi? Tengo entendido que esas montañas no están muy lejos de Tparaiwa —comentó Karalai.

—Relativamente próximas, sí, aunque Xeswoox es inmenso, como probablemente sabrás. Es un paraje tan inaccesible como éste, de modo que, aunque los guardias le buscaron durante muchos días, no lograron hallarle y finalmente cesaron en la búsqueda de Wandori. De todas formas, su porvenir no es más halagüeño que el nuestro: jamás podrá abandonar su escondrijo de la montaña. Y eso en el caso de que no le devoren los salvajes que viven en las cavernas de las cumbres.

—¿Son caníbales?

—¿Los gampapois? Eso es lo que se asegura, aunque Weswoox está sólo explorado en una tercera parte y pocos son los audaces que se han arriesgado a penetrar en las cumbres de las Gampapoi —respondió

Heera.

Karalai no volvió a hacer ningún comentario. Al cabo de un rato, Heera dijo:

—No comprendo el objetivo de esos planes de esterilización masiva dictados por Hysthar. ¿Qué piensas tú de ello, Karalai?

Pero la extranjera no respondió. Sin embargo, Heera pudo comprobar que no dormía: pasó sus dedos sobre el rostro de Karalai con suavidad y comprobó que sus ojos estaban abiertos en la oscuridad.

—¡Karalai! —exclamó la adolescente—. ¿Qué te ocurre, por qué no me respondes?

—Déjame ahora. Debo concentrarme —fue la extraña respuesta.

CAPÍTULO V

A HEera la despertó el hambre. Su estómago vacío exigía alimentos con urgencia.

Pero, en cuanto estuvo despierta, escuchó los gemidos de su compañera.

—¡Karalai! ¿Qué te pasa?

—¡Mi espalda! —se lamentó quejumbrosamente la mujer de Raindstarr—. Te lo suplico, Heera: enciende la lamparilla.

—Pero ¿cómo? —se desesperó la muchacha—. ¡No sé cómo hacerlo!

—Es muy fácil —explicó Karalai con voz desmayada—. Junto al hueco donde está la lámpara, hay unos palitos impregnados en azufre. Frótalos entre sí y obtendrás rápidamente una llama. ¡Ve!

Heera apartó la manta y caminó a gatas hacia el fondo de la caverna. Palpó con cuidado y recelo, pues aún no había logrado apartar de su mente la idea de que en aquellos agujeros podía alojarse una serpiente. En seguida, sus dedos rozaron la lamparilla de metal. A la izquierda estaban los palos impregnados de una pasta sulfurosa. Tomó dos, como Karalai le había explicado, y los frotó entre sí con fuerza.

Surgió la llama y Heera tosió secamente al respirar el humo acre, pero arrimó la llamita al pabilo de la lamparilla y ésta prendió en el acto.

Con la lámpara en la mano volvió al camastro y examinó a su compañera. Karalai yacía boca abajo mostrando la espalda, ocupada casi en su totalidad por una placa de sangre reseca. La costra se había agrietado y brotaba un poco de sangre de aquellas hendiduras.

—Trae el bálsamo y aplícamelo sobre las grietas —demandó Karalai.

Heera hizo lo que le pedía y poco después cesaban los *ayes* de

Karalai, que suspiró satisfecha'.

—Hay comida en el hueco de la pared, pero antes, por favor, tráeme un poco de agua.

Cuando Heera le acercó el odre, Karalai bebió con ansiedad. Lugo ambas mujeres, masticaron una pequeña porción de carne asada y salada.

En las delgadas facciones de Heera se reflejaba la ansiedad por devorar el resto de las provisiones.

—No —pronunció Karalai, enérgica—. Hemos de tomar una pequeña porción cada día, únicamente. Necesitamos resistir hasta que Keffron se acuerde de nosotras y decida incorporarnos de nuevo al grupo de trabajadoras de la mina.

Viendo la frustración en el rostro de Heera, la extranjera sonrió con dulzura y la tomó por un brazo.

—Ven. Apaga la lamparilla y tiéndete. Tenemos que ahorrar todo esfuerzo inútil. Charlaremos y el tiempo transcurrirá sin sentirlo.

Heera se tendió junto a su compañera y se cubrió con la áspera manta.

—Está bien —se plegó, un tanto irritada—. ¿Quieres explicarme por qué has permanecido tanto tiempo recogida en ti misma, sin hablar, sin responder a mis preguntas?

Karalai la observó en silencio.

Chispitas azuladas de fulgor ígneo brotaban de sus luminosos iris. Era un raro efecto, pues a Heera le daba la impresión de que verdaderamente los ojos de la extranjera expandían partículas en derredor.

—Pensaba —respondió Karalai.

Se había erguido sobre el brazo derecho y tenía fija la mirada en un punto indefinible de la bóveda rocosa.

De repente, exclamó:

—Tengo hambre.

Y Heera corrió a la improvisada despensa ubicada en una cavidad profunda de la roca y volvió con un envoltorio. Dentro de un paño tejido por Karalai estaban las viandas. Poca cosa a decir verdad: una porción alargada de carne, de la longitud de una mano de Heera.

Karalai partió dos pedacitos, ofreció uno a su joven compañera y se reservó otro. Antes de empezar a devorar su parte, Karalai guardó el pedazo sobrante en el paño e indicó a Heera con un ademán que debía devolverlo a la «despensa».

Masticaron lentamente la vianda. Era preciso hacerlo así, por doble motivo: el primero paladear la comida con toda consciencia para impresionar al paladar; el segundo porque, como decía Karalai, cuanto más escasa es la comida más importante es hacer una digestión completa.

Terminado el frugal almuerzo, Heera se dejó caer —desanimada— junto a Karalai.

—Tengo la sospecha de que me guardas algún secreto —susurró la joven al oído de su compañera—. Según mi cuenta, llevamos siete días encerradas y Keffron parece habernos olvidado por completo. Por tu parte, pasas la mayor parte de las horas ensimismada. O, como tú dices, concentrada. ¿Tiene todo ello alguna explicación?

Karalai le acarició una mano, precisamente aquella en la que una gruesa postilla situada en un profundo desgarrón de la piel del dorso.

—La tiene —respondió, reflexiva.

—¿Puedo saberlo?

—Puedes —respondió Karalai—. Durante todo ese tiempo, me esforcé en comunicarme con el doctor Wandori.

Heera se elevó de un brinco.

—¿Cómo? —tartajeó—. ¿Tú puedes?

—Supone un enorme esfuerzo para mí, un desgaste mental tan intenso, que supongo que he debido perder varios kilos de peso durante estos días —replicó Karalai.

Heera quedó sin habla, tan admirada se sentía.

Pero al fin exclamó:

—¡Tienes razón! Estás mucho más delgada. Claro que… puede ser debido al desgaste físico causado por tus heridas.

—No se trata de las heridas. Al fin, sé que he obtenido éxito —dijo Karalai, con toda la seguridad del mundo.

Heera la tomó fogosamente por los hombros.

—¿Quieres decir que… has conseguido comunicarte con el doctor Wandori? —preguntó exaltada.

—No ha sido una comunicación perfecta, pero sé que él ha oído mi mensaje. Por desgracia, Wandori se sentía perturbado por alguna razón y no tuvo la voluntad suficiente para concentrarse y responder explícitamente a mi llamada. Pero lo repito: sé que él ha recibido mi mensaje.

—No lo creo —respondió frescamente la jovencita.

—En tal caso, ¿por qué me haces perder el tiempo? Tengo otras cosas que nacer —se impacientó Karalai.

—¡No me hagas reír! ¿Cuáles son tus trabajos en medio de las tinieblas de esta cueva inmunda? —se burló,

—Pensar —contestó la extranjera—. Pensar simplemente. Estoy tratando de encontrar una solución a nuestros males. Es decir: estoy planeando una fuga.

—No hablarás en serio —susurró Heera, repentinamente secas las fauces.

—Absolutamente en serio —dijo Karalai—. He enviado ondas magnéticas al cerebro de Keffron. Espero que mañana nos liberarán.

Heera se separó, literalmente bufando, de su compañera.

—Ahora entiendo que verdaderamente estás loca. Mis compañeras tenían razón… ¡Karalai no es sino una perturbada peligrosa! —chilló.

Karalai se lo tomó con calma.

—¿Lo ves? —susurró, resignada—. Eres demasiado joven para comprender. Supongo que no vale la pena que sigamos hablando.

Pero Heera se doblegó en seguida. Súbitamente se arrojó a los pies de su compañera y sollozó tan convulsiva y arrebatadamente, que Karalai sintió compasión de ella y acarició sus aceitosos cabellos.

—¡Perdóneme, perdóneme! Tú tienes razón: soy demasiado torpe, irreflexiva, estúpida.

Pero Karalai dijo:

—No. Sólo eres demasiado joven. Y tienes todo el miedo del mundo.

La atrajo junto a sí, la cobijó en su regazo y murmuró:

—Duerme. Es preciso que descansemos para enfrentarnos a lo que ha de ocurrir mañana.

Heera sufrió un estremecimiento.

—¿Qué es lo que ha de ocurrir mañana?

—Calla —siseó la enigmática extranjera—. Eso nadie lo sabe aún.

* * *

Wandori despertó sobresaltado.

—¿Qué? —murmuró.

Estaba sólo en el bohío, las palmas temblaban al impulso de la brisa, pero Wandori se sentía inundado en sudor.

—¿*Qué fue eso*? —pronunció en voz alta.

Se frotó la húmeda nuca y dejó escapar una risotada festiva.

—*Nada. ¡Era un sueño! Una pesadilla* —se respondió a sí mismo.

Pero en seguida volvió a quedarse serio.

Porque él sabía que no era una pesadilla.

Las palabras habían resonado nítida y machaconamente en su cerebro.

—*Doctor Wandori, doctor Wandori. Le habla Karalai, prisionera en la prisión-fortaleza de Tparaiwa*.

Wandori se alzó del lecho. Miró con expresión abstraída la silueta húmeda que su cuerpo había marcado sobre la sábana de fibra vegetal de la cama, tornó a rascarse la nuca muy desorientado, y luego cruzó el bohío, tomó el cántaro de barro y bebió agua fresca hasta sentirse por completo saciado.

—Karalai, Tparaiwa… —murmuró, desconcertado.

Se dejó caer sobre el sencillo camastro de bambú y apoyó el rostro entre ambas manos.

—*Ochenta-mujeres-estamos-condenadas-a-morir-por-designio-de-Hysthar. Necesitamos-su-ayuda-urgentemente. Venga-a-auxiliarnos, por-favor.*

Asombrado, repitió en voz alta aquellas palabras que habían quedado grabadas en algún recóndito de su cerebro.

—Debe tratarse de algún extraño fenómeno de telepatía subconsciente —reflexionó.

Pero se encogió de hombros y decidió olvidarse del asunto.

Al fin y al cabo, se sentía muy cómodo en la remota aldea de los Gampapoi. Le había bastado realizar algunos pequeños prodigios para ganarse la amistad eterna del feroz jefe Athay-Jawar, el cacique de la populosa tribu gampapoi.

¿Prodigios? Wandori dejó distenderse sus labios en una sonrisa irónica. Porque no, no existían tales prodigios: a Jinitrah, el hijo del jefe, Wandori le había amputado el pie izquierdo, afectado de gangrena gaseosa como consecuencia de una herida infectada. Para el jefe gampapoi, que Jinitrah salvase la vida era un verdadero milagro, pero para el doctor Wandori sólo era ciencia médica aplicada.

Luego, Wandori había tallado un pie artificial en liviana madera de *pampang*. La prótesis, sujeta con un ingenioso sistema a base de cintas de caucho virgen, *casi* le permitía caminar normalmente al vigoroso retoño de Athay-Jawar.

Si el cacique regaló un par de doncellas al médico cuando éste salvó

la vida a su hijo, insistió en lo mismo cuando vio saltar a Jinitrah por encima de la valla que limitaba la aldea. Es decir, que Wandori recibió como obsequio otras dos jovencitas gampapois.

Al principio, al médico le hizo gracia la pintoresca generosidad del cacique, que regalaba jovencitas vírgenes —y muy bellas— como quien regala un par de pollos. Pero finalmente llegó a coleccionar en su bohío hasta una docena de aquellas doncellas (muchachas de apenas doce años), que si en los primeros días se limitaban a sentarse y a contemplar ensimismadas al atlético doctor, cuando cogieron confianza bullían por doquier, lo registraban todo, devoraban incansablemente los manjares que le enviaba el jefe, cotorreaban sin desmayar durante todo el día y le incordiaban constantemente.

Con una sensatez que le honraba, Wandori regaló once de aquellas vírgenes a otros tantos mozos ansiosos de sexo y de compañía femenina. Wandori sólo se reservó a Wablaana, la más reservada y discreta de las doce vírgenes. Wablaana sabía estar callada —lo cual era muy meritorio a los ojos del doctor Wandori— y además sabía cocinar y mantener la casa en orden.

Tras verse obligado a huir de Xeswooxathis, Wandori se sentía muy a gusto en la aldea gampapoi. Si se tiene en cuenta que el médico había estado a punto de perder la vida en varias ocasiones, a lo largo de su fuga a través de selvas intrincadas, ríos crecidos y desiertos áridos poblados de reptiles, Gahangaw (la aldea se llamaba así) venía a ser como el paraíso.

Gahangaw estaba situada en una altiplanicie a unos 2.800 metros de altitud. Aquella meseta sólo era un peldaño hacia la cima del Igu-Waitzá, el gigantesco volcán que solía entrar en erupción caprichosamente. Es decir, cuando menos se esperaba.

Wandori era consciente de que jamás hubiera podido llegar hasta Gahangaw por sus propios medios. En cualquier caso, no cabía dudar de que la suerte le había ayudado, pues se dio la circunstancia de que Jinitrah, herido en un pie, fue a refugiarse en la misma caverna en que él había permanecido escondido por espacio de varias jornadas.

El encuentro entre los dos hombres revistió caracteres de tragedia: Jinitrah, aunque chorreando sangre por su herida, empuñaba una terrible *janya* o lanza de hoja afiladísima y untada en un veneno muy activo. Al encontrarse de súbito con aquel extraño, Jinitrah alzó su venablo y a punto estuvo de traspasar al doctor Wandori de un golpe de *janya*.

Pero Wandori estaba demasiado sorprendido por la aparición de aquel altísimo individuo de piel rojiza como para reaccionar con rapidez, Su inmovilidad, su estupor, le salvaron, Porque Jinitrah no se atrevió a atacar a un ser humano que permanecía inmóvil en el fondo de la gruta.

Como quiera que Wandori había estudiado algunos de los dialectos indígenas, logró hacerse entender por el hijo del cacique Athay-Jawar.

—Herida mala —vino a decirle—. Yo médico, yo curar.

Esa noche, Jinitrah sufrió una fiebre altísima, que le obligó a bajar la guardia. Cuando cayó inconsciente, Wandori examinó la horrorosa herida y comprobó que el pie del joven estaba casi desprendido y la gangrena se extendía rápidamente.

No lo dudó. Después de pasar la hoja del venablo por el fuego para esterilizar el metal, Wandori cortó el pingajo de un tajo y saneó la herida. Luego aplicó un emplasto vegetal y vendó con un pedazo de su propia camisa.

En aquella cueva, permanecieron los dos hombres por espacio de tres días. Jinitrah deliraba continuamente y parecía ir a morir de un momento a otro. Pero se salvó.

Cuando estuvo lo suficientemente fuerte como para, mantenerse en pie, Wandori le ofreció un par de rudimentarias muletas que él mismo había construido.

Jinitrah le miró fijamente, le tocó suavemente el pecho, cruzó tres veces la mano extendida sobre su propio tórax y aseguró:

—Hermanos.

Y ahí terminaron todas las preocupaciones del doctor Wandori.

Aunque con dificultad, Jinitrah aprendió rápidamente a caminar valiéndose de las muletas.

El hijo del cacique sabía ya que el médico necesitaba protección. En consecuencia, le guio hasta lo más intrincado de la selva. Al pie de un farallón que se perdía en un mar de lianas y otras frondosas plantas parásitas, Jinitrah exhaló un penetrante alarido que asustó a Wandori.

—No temas, hermano. Ya ayuda —dijo el indígena.

Y, en efecto, a los pocos minutos se oyó un rumor de ramas desgajadas y un enjambre de cazadores semejantes a Jinitrah cayó desde las alturas y rodeó a los dos hombres.

—Gente mía —presentó Jinitrah con un ademán elemental—. Vamos arriba.

Como por arte de magia, los salvajes sacaron de entre las frondas

una especie de plataforma de madera pendiente de fuertes maromas. Jinitrah le tomó por un brazo y le indicó que ambos viajarían por los aires en aquel elemental ascensor.

Los indígenas que le rodeaban desaparecieron bruscamente y el artilugio se despegó del suelo vertiginosamente, merced a algún raro y oculto mecanismo.

—Un verdadero ingenio —se dijo Wandori, admirado, pues el «ascensor» se elevó rápidamente y sólo se detuvo quinientos metros más arriba.

Así fue como Wandori llegó a Gahangaw. Y allí vivía mimado y respetado por todos.

—Por tanto —decidió en aquel momento—, olvidemos toda suerte de mensajes telepáticos y concentrémonos en la elemental, pero confortante tarea de vivir.

De todas formas, no todo habían sido placeres y vida regalada. A los pocos meses de llegar a Gahangaw, el volcán Igu-Waitzá había entrado en violenta erupción, llevando el susto a las almas de una población formada por unos seiscientos indígenas de la montaña.

Ocurrió de madrugada. De pronto, se oyó una explosión horrísona y la noche se encendió en rutilantes resplandores que iban del rojo blanco al azulado.

Como los demás, Wandori saltó despavorido de la cama, descendió de un salto la escalera y atravesó en escasos segundos la explanada-plaza del poblado en busca del jefe Athay-Jawar.

Este se encontraba en su fastuoso bohío, rodeado de una treintena de mujeres, la menor de las cuales apenas tenía los once años; la mayor acaba de cumplir treinta. Pero todas eran hermosas y estaban completamente desnudas, como era la tradición gampapoi.

Athay-Jawar sonrió ampliamente al ver aparecer al doctor Wandori.

—Pídeme lo que quieras —fue lo primero que le espetó el cacique.

Tenía razón para sentirse reconocido a Wandori. Porque la verdad era que Athay-Jawar no había sido feliz hasta que el médico arribara a la plataforma donde se erigía la aldea de Gahangaw.

¿El motivo? Una simple malformación congénita en sus partes íntimas. Aunque el cacique disponía de hermosas mujeres a su alrededor, jamás había podido gozar del sexo en toda su amplitud.

Wandori obvió el problema practicándole una intervención de fimosis. Cuando Athay-Jawar se restableció, llamó a todas sus mujeres y organizó una verdadera orgía. Sus esposas, según los rumores, también

se sentían muy agradecidas por la intervención del doctor Wandori.

El médico parpadeó.

—Pero bueno, ¿es que nadie ha oído esa estruendosa explosión? —exclamó, impaciente e incluso furioso.

—Nada importante —respondió el cacique—. El viejo Igu-Waitzá ha bostezado.

Según pudieron comprobar en las jornadas siguientes, el bostezo del volcán había reducido su altura en 2.000 metros. La ensordecedora deflagración le habla arrancado la cima que, por ventura, cayó en sentido contrario al de la aldea de Gahangaw, porque si no, todos los indígenas hubieran perecido aplastados como cucarachas.

A lo largo del año y medio que Wandori llevaba refugiado en Gahangaw, el Igu-Waitzá había vuelto a bostezar en varias ocasiones. Y el hecho preocupante consistía en que sus erupciones cada vez eran más violentas.

La última de ellas había cubierto de lava la abrupta ladera hasta unos ochocientos metros de la aldea. No se habían producido desgracias ni perjuicios importantes, pero Wandori temía que aquellos bostezos no fueran sino el anuncio de una catástrofe mucho más importante, decisiva.

Inútilmente había insistido acerca del cacique para que la población gampapoi trasladase su vivac a una zona más segura.

Athay-Jawar movía la cabeza a izquierda y derecha y se limitaba a responder:

—El «viejo» bosteza, pero nos respeta. Nunca recibimos daño del Igu-Waitzá. ¿Por qué nos iba a dañar ahora?

El Igu-Waitzá —*Bravo Guerrero* en dialecto gampapoi— trepidaba cada vez con mayor violencia. Wandori lo observaba con recelo cada día y observó que una enorme grieta de casi cien metros recorría su ladera sur, precisamente la que vertía sobre la planicie donde se encontraba la aldea gampapoi.

—Algún día, el *Bravo Guerrero* reventará por ahí y arrasará la aldea en pocos segundos —temía Wandori.

CAPÍTULO VI

PERO después, Wandori abandonó sus temores respecto al volcán para preocuparse profundamente por el fenómeno telepático al que estaba siendo sometido enloquecedoramente.

Si el primer mensaje de Karalai le había llegado durante el sueño, ahora aquellas conexiones telepáticas se producían tan continuamente que el doctor apenas podía descansar durante la noche.

Y siempre el mismo mensaje:

—Karalai, una de las mujeres confinadas en la fortaleza de Tparaiwa, pide la ayuda del doctor Wandori. Por favor, ochenta mujeres necesitan ser liberadas antes de que todas perezcamos a manos de los esbirros de Hysthar.

Era tal la potencia de la señal telepática, que Wandori se despertaba en mitad del sueño. Se incorporaba de un brinco, miraba a todas partes. Pero no era necesario mirar a ningún sitio: era su cerebro el receptor de aquellos mensajes.

Tparaiwa. ¿Qué era aquello?

Preguntó a Jinitrah.

Y la respuesta:

—Es lo que nosotros llamamos la Tierra de los Reptiles. Es una gran extensión árida, cruzada por profundos barrancos. Peligrosa. No hay agua ni apenas otra caza que las serpientes y los grandes saurios que se cobijan en las grietas. Estuve allí una vez, movido por la curiosidad. No volveré.

Y Jinitrah mostró al médico una profunda cicatriz en su cintura. Al parecer, debía aquella marca indeleble a la mordedura de un lagarto gigante.

El doctor Wandori volvió a su bohío.

Wablaana salió a recibirle. Era una joven —más bien una adolescente— delgada y esbelta, maravillosamente proporcionada. Aunque la costumbre gampapoi prescribía que todas las mujeres permanecieran desnudas, a excepción del collar de colmillos de tigre de la montaña, Wandori había convencido a Wablaana de que debía, al menos, cubrir su cintura y su sexo con una banda de tejido azul.

Era la hora de la siesta. El sol estaba en el cénit y hacía un calor pegajoso que invitaba al relax y al descanso.

—¿Sí? —murmuró Wablaana, insinuante. Y desanudó la banda de tela azul de su cintura y quedó completamente desnuda.

Wandori tragó saliva.

Se sentía terriblemente atraído por la bella adolescente. Más aún, cuando ésta se aproximó y le rozó levemente.

Ya tendía el hombre sus manos hacia ella, cuando sintió aquella punzada en el occipucio.

Y en seguida percibió con increíble claridad el mensaje telepático que provenía de Tparaiwa:

—*Doctor Wandori, no puede desoír nuestra llamada. Usted es un hombre justo. Tiene la obligación de ayudarnos. Urgentemente.*

Wandori se frotó las sienes, atormentado.

—Pero ¿por qué yo, precisamente yo? —murmuró para sí. Y rechazó suavemente a Wablaana, la cual se retiró a su habitación con una expresión de reproche en sus bellas facciones.

Wandori se dejó caer pesadamente sobre el lecho.

Aguardó, concentrada toda su atención mental, pero el mensaje no se repitió.

—¿Cómo podría yo responder al mensaje? —se preguntó, desorientado.

Wandori era médico, cirujano, pero no poseía especiales conocimientos en psicología.

Telepatía, he ahí la cuestión.

—Si me encontrara en Xeswooxathis, dispondría de una información muy útil con sólo consultar los textos científicos, pero aquí…

De bruces sobre el lecho, Wandori concentró su pensamiento y su voluntad en el intento de comunicarse con Karalai, en la fortaleza de Tparaiwa.

Todo fue inútil. Terminó sufriendo un intenso dolor de cabeza, que trató de calmar incorporándose y realizando lentísimas inspiraciones y expiraciones.

Al cabo, más tranquilo, pero empapado en sudor, se dejó caer sobre el lecho y durmió pesadamente.

Despertó al atardecer.

Se vistió la fresca camisa y el pantalón abombado, se calzó los cómodos mocasines que Wablaana habla cosido para él y descendió del bohío.

—Tengo que ir a Tparaiwa —se planteó con decisión.

Era preciso hablar con el cacique, pedir su consejo y su ayuda. Con toda seguridad, Athay-Jawar no vacilaría en respaldarle.

Pero el cacique estaba durmiendo aún, según le informó una de sus múltiples esposas. Como el sueño del jefe era sagrado, Wandori se resignó a aguardar que despertara.

Anochecía ya cuando vio surgir las llamaradas a través de la floresta. Su primer pensamiento fue que el volcán había vuelto a vomitar fuego y la lava llegaba ya a Gahangaw. Por eso corrió a través de la espesa vegetación, ansioso por comprobar si sus temores eran ciertos.

Súbitamente, se detuvo al borde de aquel claro en medio de la jungla. Sus ojos se desorbitaron al contemplar la escena: Jinitrah y otros jóvenes cazadores permanecían alrededor de una gran hoguera… donde se asaba lentamente un hombre.

Paralizado de espanto, Wandori permaneció unos minutos contemplando la escena que sucedía en el claro.

Vio cómo Jinitrah arrancaba un gran pedazo de carne y la masticaba con delectación. Entonces Wandori no pudo aguantar más la tensión: corrió hacia el grupo de caníbales, gritando a voz en cuello:

—¡Alto, alto! ¡No podéis hacer eso!

Los ojos jóvenes caníbales se le quedaron mirando con estupor. A Jinitrah se le cayó el pedazo de carne de la mano.

—No podemos hacer, ¿qué? —preguntó el hijo de Athay-Jawar.

Wandori tragó saliva. Sin poderlo evitar, sus ojos, desorbitados, miraban con horror la silueta humana churrascada y pinchada en el hierro que formaba un elemental torno, sobre las brasas de la hoguera.

—Es atroz. ¿No lo comprendéis? —logró pronunciar con esfuerzo—. ¡Lo que estáis haciendo es propio de salvajes, de caníbales…!

Tras el primer momento de asombro por la brusca aparición del médico, los jóvenes cazadores prorrumpieron en estruendosas carcajadas.

—Pero ¿qué, qué? ¿Por qué os reís ahora? —gruñó Wandori, desorientado.

Jinitrah se lo explicó.

—No somos caníbales, hermano mío. Esto que estamos asando no es un hombre, sino un *bou-bou* un macaco de la montaña. Es un animal herbívoro y tiene una carne deliciosa. ¿No quieres probarla, hermano?

Y arrancó un pedazo de carne chorreante de grasa y la ofreció al médico, pero éste se retiró de un brinco y negó nerviosamente con la cabeza.

—No tengo apetito —declaró. Y era verdad, aunque ahora se sintiera más tranquilo, puesto que lo que había tomado por un hombre sólo era un animal.

Los jóvenes saltaban y retozaban alrededor del fuego. Tomaban un pedazo de carne humeante —que, por cierto, exhalaba un aroma delicioso— y cantaban y brincaban alrededor de la lumbre, regocijados y felices ante la proximidad del festín.

Al ver que Wandori no quería participar en el banquete y se retiraba, Jinitrah corrió en pos de él.

—¿Qué te preocupa, hermano? —preguntó el joven gampapoi, tomándole familiarmente por un brazo.

—Tengo que hablar con tu padre y pedirle ayuda. Necesito provisiones, armas y hombres para hacer un viaje a Tparaiwa —declaró.

—Pero ¿por qué? La Tierra de los Reptiles sólo es un paraje inhóspito y peligroso —replicó Jinitrah.

—Lo sé, lo sé; pero necesito ir allí. Verás, siento una enorme curiosidad por conocer esa zona y pienso emprender el viaje de todas formas.

A una persona tan elemental como Jinitrah, Wandori no podía explicarle que sus inquietudes partían de la sistemática recepción de un mensaje telepático, de un SOS desesperado enviado desde Tparaiwa por Karalai, una de las prisioneras en la fortaleza-prisión.

—Por supuesto, sé que tú no querrás formar parte de la expedición, Jinitrah —insinuó el médico.

—¿Por qué? —se encrespó el joven—. ¡Yo no tengo miedo!

—Bien. A mí me encantaría que tú me acompañaras, pero, según me dijiste, habías prometido no volver jamás a la *Tierra de los Reptiles* —observó Wandori.

—Pero, si tú necesitas ir allí, las cosas cambian. Te acompañaré. Vamos —exclamó, animoso—. Hablaremos con mi padre.

Por fortuna, Athay-Jawar había dado por complacida su larga siesta. Wandori y Jinitrah fueron autorizados a penetrar en las habitaciones

privadas del cacique y hallaron a éste en el baño, una oquedad excavada en la roca madre, donde diez mujeres se esforzaban en halagar a Athay-Jawar, festejando sus chistes subidos de tono.

El cacique salió del baño poco después y despidió a las mujeres.

—¿Quieres tomar un baño, Wandori? —ofreció, ceremonioso. (Y esto era un gran honor para el médico, pues era sabido que Athay-Jawar no cedía su baño ni a su propio hijo.)

Wandori agradeció el ofrecimiento, pero declinó el honor, arguyendo que le habían traído ante Athay-Jawar motivos más urgentes.

Jinitrah fue el primero en exponer a su padre el deseo del médico. El cacique escuchó pacientemente la exposición de su hijo y luego miró a Wandori.

—Pero ¿por qué? ¿Es que no te encuentras a gusto en Gahangah? —planteó.

Había que escoger las palabras para que Athay-Jawar no se sintiera ofendido, pues se contaba en Gahangaw que, en cierta ocasión, el cacique ordenó despeñar a uno de sus invitados que no se había mostrado muy honrado por la hospitalidad de Athay-Jawar.

—Me siento satisfecho de gozar de tu protección y apoyo, jefe. Y es este agradecimiento el que me mueve a hacer algo por la gran nación gampapoi —pronunció Wandori con solemnidad—. Ya has visto, jefe, que el Igu-Waitzá no parece predispuesto a dejarnos vivir tranquilos. Para ser sincero, creo que el día menos pensado el monte entero estallará. Planteadas las cosas así, pienso que ha llegado el momento de buscar un nuevo asentamiento para ti y tus gentes. Me parece que es sensato disponer de un refugio apropiado para el caso de que ocurra lo que me estoy temiendo.

Athay-Jawar movió la cabeza, no muy convencido.

Y sus razones fueron las de siempre:

—El *Bravo Guerrero* jamás nos dañó. Por el contrario, su proximidad sirvió para disuadir a los bárbaros.

Para el cacique, los «bárbaros» no eran sino los gobernantes de Xesvooxathis, encabezados por la semidiosa Hysthar.

Según había podido captar Wandori, los gampapois odiaban a Hysthar y a sus lacayos. La razón era que, en ocasiones, las aeronaves ovaladas de Hysthar habían atacado las aldeas gampapois llevando la desolación y la muerte a aquellas tranquilas gentes. Los gampapois, que en principio eran pacíficos y subsistían gracias a su talento de cazadores

natos, evolucionaron —tras los sucesivos ataques— y se convirtieron en feroces guerreros, capaces de las mayores crueldades.

¿Qué argumentos tenía Wandori para seguir insistiendo en su empresa?

—Esperemos que el Igu-Waitzá nos deje vivir tranquilos, pero de todas formas la *Tierra de los Reptiles* podría servirnos como refugio en caso de un ataque masivo por parte de los bárbaros —dijo.

—Creo que tienes razón —respondió Athay-Jawar, despertado súbitamente su interés—. Te concedo autorización para dirigir la expedición a Tparaiwa. Espero que me traigas algunas de esas serpientes que tanto abundan allí. ¡Dicen que tienen una carne exquisita! —y se acarició inconscientemente su abultado abdomen.

CAPÍTULO VII

HEERA se rebulló en el camastro.

—Tu ciencia es pura fantasía, Karalai —murmuró, rencorosa.

Su compañera no respondió.

Era cierto que sus predicciones no se habían cumplido en aquella ocasión. Es decir, habían transcurrido otros tres días —ya llevaban catorce encerradas— y Keffron seguía sin acordarse de ellas.

—¿Por qué no respondes? —barbotó Heera, rabiosa.

—Porque no tengo nada que decir. Lo que haya de ser, ocurrirá. Ten paciencia.

Pero era demasiado joven para poseer la virtud de la resignación.

—¿Paciencia? La comida se ha terminado y apenas puedo sostenerme en pie —se lamentó.

—Pero has sobrevivido catorce días y tus heridas y magulladuras han curado. Deberías sentirte satisfecha —arguyó Karalai.

También comenzaban a caerse las costras de la lastimada espalda de la extranjera. Prácticamente, sus llagas estaban curadas.

Pero Heera no se resignaba ni atendía a razones. Despotricaba, gruñía y se abandonaba a la desesperación.

—Nos pudriremos aquí —solía repetir.

Para distraer sus sombríos augurios, Karalai se esforzó en replantear sus proyectos de fuga.

—Es imposible —opuso en seguida Heera.

—No lo creas. El mayor obstáculo son los esbirros de Keffron y el mismo Keffron. Cincuenta hombres para vigilar a ochenta mujeres… Pero si lográsemos tener acceso al lugar donde preparan el rancho…

—¿Qué? —murmuró Heera, despertado su interés.

—Podríamos envenenar la comida. Entonces bastaría con prevenir a nuestras compañeras: ninguna de nosotros deberíamos tomar el rancho de ese día.

—¿Quieres decir… matarlos a todos?

—No morirían, pero quedarían fuera de combate por el tiempo suficiente para que nos alejáramos de Tparaiwa. Aun así, las cosas no serían fáciles, lo sé. Pero cualquier cosa es mejor que languidecer lentamente hasta morir.

Heera suspiró.

—A veces, me pareces una diosa, Karalai. Pero luego ocurre que seguimos encerradas aquí y mi ánimo se viene abajo. Si estuviera segura de que no estás equivocada…

—Sólo tienes que tener fe. Lo demás vendrá por sí solo —respondió Karalai.

Heera calló.

Karalai imaginaba que su joven compañera se había dormido, cuando la oyó hablar de repente:

—Dime una cosa, Karalai. Nunca hablas de ti, de tu distante mundo. ¿Por qué no lo haces ahora? Sólo una vez has mencionado a Raindstarr, el mundo del que fuiste arrebatada por los piratas de Hysthar. Por favor, cuéntame: ¿cómo era tu mundo?

Era muy difícil recordar, pero Karalai se esforzó en conseguirlo con el fin de distraer a su joven compañera de reclusión.

—Raindstarr significa en mi lengua «Esfera Verde». Era un hermoso globo de proporciones regulares, un mundo que formaba parte del sistema solar al que pertenece Xeswoox —relató con voz cálida y soñadora—. Raindstarr estaba cubierto de verdes montañas y campiñas y cruzadas por ríos caudalosos. Había mares extensos y lagos azules y la vida era fácil. Dotado de ricos recursos para la supervivencia de las especies animales y vegetales, Raindstarr era un verdadero paraíso.

Heera suspiró profundamente.

—¡Sigue, por favor! —rogó, fascinada.

—La especie humana tenía a su disposición, en Raindstarr, todo aquello que puede hacer la existencia placentera y rica en vivencias. La Técnica había alcanzado un nivel muy elevado y las Artes y Ciencias brillaban en todo su esplendor. Todo hubiera sido maravilloso, si algunos hombres y mujeres no se hubieran dejado llevar por la codicia y el egoísmo.

—¿Qué significa eso?

—Se habían ido formando dos bloques, diferenciados apenas por la latitud en que cada uno se asentaba. Pero dominaba el egoísmo y la soberbia, tanto en un grupo como en el otro. Cada uno de ellos quería imponer al otro sus ideologías, su particular forma de ver las cosas. Llegó el momento en que el planeta estuvo compuesto por millones de personas que odiaban a muerte a otros millones de seres. Cada bloque quería imperar sobre el otro y someterlo. Para ello, sucedió una vertiginosa carrera de armamento. Cada vez se inventaban armas más mortíferas y destructoras. Armas capaces de arrasar la superficie del planeta y terminar con todo vestigio de vida.

—¡Es horrible!

—Sí. La intransigencia y la falta de tolerancia fueron exacerbando los ánimos paulatinamente, hasta el extremo que ambos bloques fueron separándose hasta quedar por completo aislados. Eran… como dos contendientes que se vigilan sin cesar y se miran con odio, dispuestos a aprovechar la menor debilidad o descuido del contrario para saltar sobre él y destruirlo.

Karalai calló un momento. Junto a ella, Heera aguardaba impaciente sus próximas palabras.

—Jamás contaron con que ellos, los rivales, no eran los únicos seres de la Creación. Había otros mundos, aunque lejanos e inaccesibles. Existían otros cuerpos celestes habitables, donde se desarrollaban civilizaciones superiores o paralelas. Hysthar había logrado dominar Xeswoox mediante una vuelta a la magia y a la superstición. Aunque los habitantes de Raindstarr ignoraban todo esto y sólo vivían enzarzados en sus discusiones y amagos de guerra.

—¿Fue entonces cuando aparecieron en Raindstarr los piratas de Hysthar? —pregunto Heera, sumamente interesada.

—Justamente —respondió Karalai—. Sus astronaves aparecieron en el cielo de mi planeta de improviso. En realidad, los sistemas de defensa de ambos bloques jamás supieron lo que sucedía.

—No comprendo…

—Te lo explicaré en seguida. Verás: en su soberbia, ellos se creían el ombligo del Universo y negaban sistemáticamente la existencia de civilizaciones humanas en otros planetas —explicó Karalai—. Yo vivía entonces en Harphoona, una gran ciudad situada a orillas del océano. Era profesora de Psicología en la Universidad Lamaranna. Un atardecer acababa de abandonar la Universidad y me dirigía a casa de mis padres, a lo largo de la vía que bordeaba el mar, cuando vi aparecer el fuego en

el cielo. No era fuego propiamente dicho, sino el deslumbrante resplandor que expandían las astronaves de los piratas de Hysthar. La luz era tan fuerte que me cegó. Caí al suelo y protegí mi cabeza con las manos, pues hasta mi cerebro llegaba una vibración tan intensa que creí volverme loca. Luego percibí cómo me arrebataban del suelo y me llevaban a algún sitio. Como estaba cegada, no pude ver quiénes eran ni adónde me llevaban. Pero al cabo de unas horas…

Karalai despertó de un sueño que ni ella misma sabía cuándo había empezado. Se halló en un ambiente extraño: un gran recinto ovalado, nimbado por una luz suave que no salía de ningún sitio. Extrañas máquinas, de desconocido diseño, recorrían los muros metálicos de aquel recinto oblongo.

—Vi a unos seres semejantes a mí que se movían de un lado a otro en aquel espacio elipsoidal —relató Karalai—. Mi primer pensamiento fue: «La guerra ha estallado y el bloque enemigo me ha secuestrado.» Aunque reconozco que no sabía explicarme por qué habían de raptar a una inofensiva profesora de Universidad.

—Entonces…, ¿eran los piratas de Hysthar? —musitó Heera.

—Sí. Uno de ellos, Jakari, me lo explicó con un sistema de ideogramas. Dijo que la ciudad de Harphoona iba a ser destruida, arrasada, pero que las órdenes que había recibido consistían, además, en capturar un espécimen de la raza humana de Raindstarr. Y ese espécimen era precisamente yo.

En una reacción muy lógica, Karalai se rebeló. Pero era poca cosa para luchar contra un grupo de hombres bien adiestrados y que poseían armas muy sofisticadas.

—Golpeé a Jakari, pero éste sólo tuvo que tocarme con sus manos enguantadas. Sentí un tremendo choque eléctrico en mi cerebro y me desvanecí. Cuando me desperté me encontraba en el palacio de Hysthar, en Xeswooxathis.

—Pero ¿qué sucedió en Raindstarr? —preguntó Heera, obsesionada.

—Exactamente lo que me había anunciado Jakari: desde el cielo, destruyeron la ciudad de Harphoona. Entonces se produjo una gran confusión, pues los de mi bando creyeron que el ataque provenía del bloque enemigo… cuando en realidad era obra de alienígenas. Y erróneamente declararon la guerra total a los del bando rival.

—¿Y tus padres…?

Karalai se agitó en un violento escalofrío. Pero no gimió ni gritó de pena. Por el contario, se irguió sobre el camastro y confesó:

—Debieron perecer instantáneamente, junto con otros seis millones de personas que habitaban Harphona. Al menos, me cabe el consuelo de imaginar que no sufrieron físicamente. Todo desapareció en un instante.

—Dices que los dos bloques entraron en guerra. ¿Quién fue el ganador?

—Nadie. Las armas e ingenios bélicos que poseían los dos bloques tenían capacidad para arrasar todo el planeta. Pero su potencia era incluso mayor de lo que ellos imaginaban. De modo que finalmente Raindstarr se desintegró. Dejó de existir… —declaró Karalai con voz desmayada.

Las temblorosas manos de Heera oprimieron delicadamente los hombros de Karalai. Fue una caricia plena de comprensión y compasión.

—Entonces, ¿eres tú la única superviviente, la última criatura de Raindstarr? —preguntó la joven con un hilo de voz.

—Sí —respondió Kalarai.

Y entonces sí. Entonces se dejó caer sobre el camastro y sollozó durante largo rato, hasta que, abrazada y consolada por Heera, cayó en un sueño profundo y reparador.

CAPÍTULO VIII

REGRESARON cuatro días después, derrengados y vencidos.

Athay-Jawar estaba aguardándoles a la puerta de su lujoso bohío cuando llegaron Wandori, Jinitrah y un grupo formado por otros doce guerreros gampapois.

El cacique frunció los labios al contemplar aquella tropa de hombres derrotados.

Jinitrah tembló.

Tenía el rostro cubierto de costras producidas por las quemaduras solares y apenas poseía fuerzas para sostenerse en pie.

Jinitrah temía a su padre. Sabía que Athay-Jawar era un hombre justo y sabio, pero también implacable y feroz para con los vencidos: de ahí su temor.

Pero miró de reojo al doctor Wandori y sintió renacer sus fuerzas, porque el médico se mantenía erguido y desafiante, a pesar de que era uno de los que más había sufrido a lo largo de la fallida excursión a Tparaiwa.

Wandori no sólo tenía el rostro deformado por las quemaduras solares y la sequedad del ambiente de los áridos barrancos, sino que estaba medio cegado por el resol de los campos de sal que mediaban entre Igu-Waitzá y la *Tierra de los Reptiles*.

A pesar de lo cual, el «bárbaro» doctor Wandori aguantaba firmemente en medio de la explanada, sin mostrarse impresionado por la terrible fijeza de la mirada del cacique Athay-Jawar.

Su gallardía, su varonil sobriedad y su voluntad de mantenerse firme a pesar de que sus fuerzas le habían abandonado largo tiempo atrás, influyó poderosamente en los expedicionarios, de forma que, al verle

tan entero y resistente, los otros componentes de la partida adoptaron una postura más digna y propia del momento.

—¿Así que ha fracasado, Wandori? —pronunció el cacique fríamente.

—De ningún modo, jefe —respondió Wandori, con voz tan bronca como la que pudiera producir dos resecos troncos al frotarse entre sí—. Hemos aprendido muchas cosas. Sabemos ahora que las mesetas de sal son absolutamente secas. Pero también hemos descubierto la sal, que vosotros apenas conocíais… ¡Miradla!

Wandori dio un tirón al saco que colgaba de su hombro derecho y un raudal de plateada sal gema cayó sobre el piso polvoriento.

—¡Ja! —gruñó Athay-Jawar, colérico—. Y eso es todo, supongo. Wandori, me temo que has olvidado mi encargo. ¿Recuerdas?

—Supongo que te refieres a las serpientes, jefe.

—¡Sí!

—¡Pues bien! —clamó Wandori, enérgico. Y tiró de la cuerda que cerraba el fondo del saco que pendía de su hombro izquierdo.

Al momento, dos serpientes tan gruesas como el brazo de un hombre robusto cayeron a tierra. Al principio, los ofidios permanecieron inmóviles, pero cuando el fuerte sol de mediodía calentó sus cuerpos, sus largos cuerpos cilíndricos se desenroscaron y su piel rojizo-azulada brilló al sol. Una de las grandes serpientes se anudó al tobillo derecho de Wandori, pero la otra reptó sobre el polvo ardiente y se dirigió en derechura hacia el lugar donde estaba el jefe Athay-Jawar.

Jinitrah adivinó con antelación lo que iba a suceder. Y lo que ocurrió fue que el cacique exhaló un chillido, dio media vuelta y… salió disparado hacia la parte superior de su bohío, saltando de cuatro en cuatro y hasta de cinco en cinco los peldaños de troncos de la escalera que daba acceso a su residencia.

Por fortuna, nadie rio en aquel momento cumbre.

Wandori tomó en sus brazos a la serpiente que se había enroscado en su pierna, se la echó sobre los hombros y se dirigió a su elevado bohío.

Una exclamación de intensa admiración brotó de las gargantas de los gampapois que hablan asistido a la escena desarrollada en la explanada del poblado.

Pero el doctor Wandori no se volvió al escuchar el murmullo que brotaba a su espalda, Aunque con esfuerzo, escaló los peldaños que llevaban a su hogar y, una vez arriba, arrojó a los pies de Wablaana el

reptil que llevaba sobre los hombros.

—No temas, muchacha —dijo con voz desmayada—. Le he extirpado los colmillos que inyectan el veneno. A partir de ahora, «Swiffy» vivirá con nosotros, Ella nos librará de los roedores que pululan en el bohío.

Dio cuatro pasos y se dejó caer pesadamente sobre su camastro. Un momento después, Wablaana le oyó roncar estruendosamente.

* * *

—No vienen a sacarnos —susurró Heera, con voz desmayada.

—Vendrán —respondió Karalai, llena de fe.

Pero habían transcurrido muchas jornadas y sólo el vigilante llegaba de vez en cuando y dejaba en la mazmorra un odre lleno de agua.

Hacía casi una semana que los alimentos se habían terminado y las dos mujeres languidecían paulatinamente.

Durante la mayor parte del tiempo dormían: había que ahorrar al máximo las energías. La lamparilla estaba apagada casi siempre. En realidad, la pequeña vasija de metal carecía ya de grasa de serpiente, el único combustible que podía iluminar lívidamente la caverna. (Mientras Karalai dormía, Heera se había despertado con un incontenible deseo de ingerir alimentos y, no encontrando nada mejor, sorbió el aceite que contenía la lamparilla.)

A tales alturas, ya no le repugnaba el aceite de serpiente a la jovencita Heera. Para decir la verdad, hubiera sido capaz de enfrentarse a cualquier corpulento ofidio y devorarlo a dentelladas, tanta era su hambre.

Poco a poco, las constantes vitales de Heera iban menguando. Ella creía que a Karalai, la indomable extranjera procedente de Raindstarr, le ocurría otro tanto.

Karalai permanecía inmóvil —¿durmiendo?— la mayor parte del tiempo. Y esto inducía a Heera a pensar que su compañera estaba tan acabada y derrotada como ella misma.

Pero se equivocaba.

Conscientemente, Karalai reducía hasta el mínimo sus constantes vitales, de modo que sus posibilidades de sobrevivir se alargasen hasta él máximo.

Hacía ya diecinueve días que los esbirros de Keffron las arrojaran a la caverna destinada a la rebelde Karalai.

Eran muchos días sin ver el sol, sin comida, sin ejercicio físico, sin el

placer inmenso que supone ver la luz del sol.

Heera se despertaba y pensaba.

—Más valdría terminar ahora mismo.

Y en un arrebato incontenible, se puso en pie, corrió hacia la reja de gruesos barrotes y comenzó a golpear su rostro contra el metal de forma terca y sistemática.

Por fortuna, Karalai despertó de su profundo sueño, apercibió su oído y comprendió lo que estaba pasando.

Con un vigor insospechado, consiguió reducir inmediatamente a la adolescente y con ruegos e incluso amenazas, logró llevarla al camastro.

—Calma, pequeña Heera; calma. Todo se solucionará.

Heera se agitaba en convulsos sollozos, pero la mujer de Raindstarr murmuró a su oído palabras de consuelo y desplegó toda su efectividad femenina de forma que, por fin, consiguió serenar a su joven y alocada compañera.

—Ten confianza, Heera. Vamos a salir de aquí. Muy pronto.

En realidad, ni la propia Karalai lo creía.

¿Por qué Keffron no respondía a las ondas telepáticas que le enviaba constantemente? De forma inconsciente, el jefe de los guardias de Tparaiwa debía haber reaccionado. Es decir, debía recordar que las dos prisioneras castigadas iban a morir si seguían manteniéndolas aisladas y privadas de alimentos.

—Me he esforzado con exceso mentalmente. Keffron no reacciona porque mis neuronas se han debilitado en el intento de hacer llegar mi mensaje al doctor Wandori —dedujo Karalai.

Se sentía debilitada hasta el límite. Sabía que había perdido casi la mitad de su peso en aquellos catorce días de aislamiento.

—Ya sólo queda esperar y… confiar.

Inaudito. Aunque desesperadamente, la mujer de Raindstarr seguía esperando contra toda esperanza.

Porque…

* * *

Hysthar, la remota semidiosa Hysthar, sabía muy bien lo que hacía cuando decidió establecer una penitenciaría en el inaccesible páramo de Tparaiwa.

Las mujeres que se hablan resistido a su mandato debían permanecer hasta la muerte en algún lugar seguro e inaccesible. Y ese lugar era

precisamente Tparaiwa.

La árida meseta, cruzada por profundos barrancos, estaba alejada miles de kilómetros de la metrópolis, Xeswooxathis. Como todos los medios de comunicación y transporte dependían directamente de la semidiosa —los gobernantes que dependían de ella eran simples títeres—, resultaba prácticamente imposible acceder a Tparaiwa.

Muy de cuando en cuando, una de las naves elipsoides procedentes de Xeswooxathis llegaba a Tparaiwa. Aparecía majestuosamente en el firmamento amarillento y se cernía lentamente hasta posarse sobre la explanada elevada que las prisioneras habían dispuesto, a tal fin, sobre la cima de un cerro situado a la misma altura de la mole de la fortaleza-prisión.

El objeto de aquellos transportes no era otro que el de hacer llegar la provisión de víveres —mezquina— a la prisión dirigida por Keffron.

Por aquellos días, el jefe del destacamento se sentía muy nervioso. Era algo impalpable, inexplicable.

Cuando alguno de sus guardias le interpelaba sobre su agitado estado de ánimo, Keffron solía responder:

—Es un augurio. Algo va a ocurrir. Muy pronto.

Naturalmente, sus vigilantes no poseían la sutileza suficiente para interpretar sus palabras, pues aquellos hombres habían sido seleccionados precisamente en función de su tosquedad, brutalidad y simplicidad.

Lo cierto era que Keffron se sentía muy intranquilo.

No dormía bien. Todas las noches —durante el sueño— escuchaba unas extrañas voces:

—*¡Keffron, Keffron, ya es el momento! ¡Huye o morirás!*

Apenas descansaba, pues su sueño era agitado e intermitente, de modo que al amanecer se levantaba dolorido y fatigado.

Y luego había que establecer los turnos de vigilancia, supervisar el trabajo de sus guardias y también el de las forzadas en la mina de azufre. Y…

—¿Todo esto, para qué? —se preguntó en un momento dado.

Ni él mismo lo sabía.

Sus horizontes eran muy limitados. En el fondo, era como un autómata programado. Le habían ordenado que vigilara a las prisioneras de Tparaiwa y eso era lo que hacía exactamente. No sólo había que vigilarlas, sino conseguir que produjeran y se esforzaran al máximo, de forma que ninguna de ellas resistiera mucho más de unos

cuantos años.

Esas eran las órdenes.

—¿Y todo ello, para qué? —se repetía, desorientado—. Mejor sería arrojar a esas mujeres al barranco de los reptiles. Más fácil, más rápido, más limpio.

En cierto modo, el corpulento Keffron poseía aún una pizca de sensibilidad.

Amaba a aquella loca extranjera de los cabellos rojos llamada Karalai —¿o sólo la deseaba?— y hubiera sido feliz y conforme viviendo con ella en una gruta ignorada, pero las órdenes eran rígidas y había que obedecerlas a rajatabla.

Aquella mañana, Keffron se sentía particularmente agitado. Pensaba en Karalai y en otros augurios que ni siquiera quería repetir in mente.

De repente, se alzó de su asiento en la poterna que le servía de habitación y llamó a gritos a Grubah.

—¡Sacad a las dos mujeres de la mazmorra! —ordenó cuando el obeso guardia llegó ante él.

—¿Karalai, Heera…? —dijo torpemente Grubah.

—Naturalmente, animal. Llevadles un poco de comida y que se reintegren a la cuadrilla de Haiina. ¡Rápido!

¿Por qué se había acordado repentinamente de las dos mujeres que llevaban largos días sepultadas en las tinieblas…?

Keffron se encogió de hombros. Ni él mismo lo sabía. Obraba simplemente por instinto.

Durante toda la mañana permaneció encerrado en su tugurio. Cierto que vio pasar las siluetas delgadas y bamboleantes de las dos prisioneras que, cuando salieron al sol matinal, hubieron de cubrirse los ojos con ambas manos para no resultar cegadas.

Keffron no salió de su refugio en toda la mañana. Sólo hacia el mediodía, cuando la alta temperatura hacía crujir las rocas y los saurios pululaban en el fondo del barranco, se alzó pesadamente de su camastro y salió.

La meseta despedía vapores ardientes que superaban los cincuenta grados. Había una calígine blanco-azulada que casi tapaba al astro-sol. Los alrededores de la fortaleza estaban en absoluto silencio. Keffron caminó pesadamente trocha abajo, en dirección a la mina de azufre.

Luego, cuando andaba a mitad de la pendiente, escuchó aquel zumbido.

Era un rumor vibrante, tan intenso, que desprendió rocas y

fragmentos de derrubio de los barrancos más próximos.

El sonido hería sus oídos, pero Keffron aguantó a pie firme, bajo los ardorosos rayos del sol de mediodía.

—El convoy —murmuró para sí.

Dirigió sus ojos —siempre protegidos por la visera de su casco y las palmas de las manos—, hacia la plataforma-pista que habían construido penosamente las prisioneras de Tparaiwa.

La vibración descendió a niveles insoportables y una polvareda ardiente azotó el curtido rostro de Keffron.

Percibió cómo una gran sombra ovalada tapaba materialmente la meseta artificial situada a cierta distancia de la fortaleza ciclópea de Tparaiwa. La insoportable vibración de alta frecuencia fue aminorándose paulatinamente hasta que los oídos de Keffron pudieron soportarla sin gran esfuerzo.

Entonces miró directamente hacia la elevada pista de aterrizaje. La gran aeronave ovalada acababa de posarse y expandía a su alrededor tolvaneras de polvo amarillento.

Keffron, más animado, descendió aprisa la trocha y tomó la vereda que llevaba hasta la altiplanicie donde se había posado la nave.

Pero a mitad de camino, se detuvo.

Como paralizado, vio descender el grupo de raros seres idénticos.

Y comprendió que su final estaba próximo.

CAPÍTULO IX

ERA la hora de la canícula, cuando el guardia Obrokka golpeó la placa de metal.

Era la señal: el toque significaba que las ochenta mujeres que trabajaban en los profundos recovecos de la mina podían interrumpir el trabajo y subir a la superficie para respirar un poco de aire puro y recoger la minúscula porción de rancho que les correspondía.

La primera en arrojar su herramienta y erguirse fue *Kalarai, la loca*. Con actitud decidida, pasó junto a la hilera de corpulentos vigilantes, se sacudió las callosas manos y escaló ágilmente el pasadizo que llevaba a la superficie.

Karalai se detuvo en la sombra, allí donde la ancha entrada cóncava permitía respirar el aire puro —aunque ardiente— del exterior.

Heera la había seguido ansiosamente. Aunque la muchacha apenas conseguía reunir las fuerzas suficientes para escalar la galería tan empinada, aún tuvo arrestos para no despegarse gran distancia de la esbelta mujer de la cabellera rojiza.

Las dos, jadeantes, escucharon la trepidación que provenía de las alturas.

Como movida por algún oculto resorte interior, Karalai se despegó de la fresca roca y salió al exterior. Uno de los guardias —Chiira, el que repartía el inmundo rancho—, trató de ofrecerle en la palma de la mano una bola de legumbres cocidas, pero Karalai ni siquiera le miró y siguió adelante.

La delgada mujer parecía animada de un vigor increíble. Tras permanecer veinte días encerrada en las tinieblas —y sin sustento—, parecía milagroso que aún tuviera fuerzas para saltar de roca en roca y caminar airosamente a través del pedregal que cubría la explanada.

Hizo visera con ambas manos sobre su rostro, pero hubo de bajar los brazos para protegerse los oídos, tan insufrible era la vibración que provenía de las alturas.

De todas formas, pudo percibir que una gran sombra cruzaba los aires y se dirigía hacia la meseta artificial en la que solían aterrizar —de tarde en tarde— las aeronaves procedentes de Xeswooxathis.

Heera llegó en ese momento y se apoyó en su brazo, respirando estertorosamente.

—¿Qué ocurre? —murmuró la joven.

—No preguntes. ¡Mira! —respondió la mujer de Raindstarr.

Medio cegada, Heera entrevió la silueta ovalada. Una oleada de polvo las cubrió materialmente y Heera retrocedió, asustada. Pero Karalai aguardó en el roquedal, pese a todo.

Luego cedió el horrísono ruido.

—¿Qué…, qué es eso? —balbució Heera, tendida en el suelo, pero incapaz de reprimir su curiosidad, pues estaba mirando hacia la pista de aterrizaje.

Karalai no fue capaz de responder en el primer momento.

Vio descender unas siluetas humanas de la aeronave. Vio también a Keffron, convertido en una estatua de piedra a mitad de la pendiente que llevaba a la pista.

—No sé —susurró al fin—. No sé quiénes pueden ser esos hombres. ¡Son tantos! E idénticos. Quizá… quizá vengan a relevar a los esbirros de Keffron —añadió esperanzada.

Pero ¿cuántos eran?

Una larga hilera de gigantes descendía por la pendiente en dirección a la mina. Cuando llegaron a la altura donde permanecía Keffron —paralizado e inexpresivo—, Karalai pudo ver mejor a aquellos individuos que descendían de la aeronave.

Todos eran de la misma altura e idéntica corpulencia. Debían medir dos metros de estatura, vestían un atuendo de cuero negro brillante y tenían una apariencia blanda e inconsistente, aunque voluminosa. En aquellos individuos imperaban las formas redondeadas y obtusas. Parecían excesivamente grasientos, obesos, aunque proporcionados.

—Redondos —fue la palabra que brotó de los labios de Karalai.

Lo que no podía explicarse era por qué Keffron daba muestras de terror. De repente, el jefe del destacamento de Tparaiwa había reaccionado y retrocedía tan apresuradamente que, caminando de espaldas, tropezó y cayó pesadamente.

La hilera de extraños sujetos vestidos de cuero negro se detuvo. Tres de ellos se inclinaron y tomaron a Keffron en brazos. Según pudo advertir Karalai, transportaban a Keffron como si se tratara de un fardo inerte.

De atrás llegó un grito.

Era Heera.

—¡Karalai! ¡Son más de un centenar! —exclamó la muchacha, aterrada.

Salían y salían y no cesaban de salir del vientre de la ovalada astronave de color gris. Formaba una fila cerrada y descendían con seguridad, guardando idéntica distancia entre individuo e individuo. Y sus vestiduras de cuero negro relucían extrañamente al sol fuerte del mediodía.

—Más de cien —repitió Heera, con voz desmayada.

Karalai retrocedió unos pasos y se apoyó en la ardiente roca del farallón.

Una extraña angustia se había apoderado de ella. O quizá fuera, simplemente, miedo.

Y ambos fueron a esconderse tras las rocas.

Haiina y Hiira, los dos vigilantes de la mina, salieron al exterior, gruñendo y barbotando amenazas contra las prisioneras.

Hiira dirigió una mirada hacia abajo, observó a los seres que subían cadenciosamente la vereda y palideció.

—¡Mira eso…! —gritó a Haiina. Y su compañero llegó, miró y quedó tan paralizado como él.

Desde su escondite, Karalai y Heera observaban la escena sin pestañear.

—Son idénticos entre sí —susurró Karalai, cuando la hilera de aquellos individuos apareció en la explanada de la mina.

De la bocamina salió el retén de los vigilantes de Keffron. Al divisar a los recién llegados que caminaban rígidamente al unísono, los guardias quedaron paralizados por la sorpresa.

—Pero ¿quiénes son ésos? —gruñó el sádico Iubrum. Y ciegamente, arremetió contra los recién llegados, al ver a Keffron portado en alto por los hombres vestidos de cuero negro.

Pero el que marchaba en cabeza se detuvo y gritó:

—*¡Algruwalah…!*

Dejaron caer a Keffron, que chocó pesadamente y quedó inerte sobre

el piso pedregoso. Los intrusos abrieron su formación en semicírculo y rodearon a los guardias. La columna de los hombres vestidos de cuero parecía interminable. Constantemente seguían llegando arriba más y más individuos, que se repartían estratégicamente, copando por completo la amplia explanada y el escorial próximo.

Iubrum retrocedió, espantado.

—Pero… pero… —acertó a murmurar tan sólo.

Desde la bocamina, un grupo de asombradas prisioneras contemplaban —fascinadas— el espectacular incidente.

La propia Karalai seguía contemplando a los recién llegados con infinita curiosidad y un poco de temor.

Eran absolutamente iguales entre sí. De facciones mongoloides, carecían de cuello y cabellos. Sus rostros eran achatados, apenas sin relieves. Los ojos finas rayas oblicuas, las orejas aplastadas, traslúcidas y puntiagudas, las narices pequeñas y achatadas y las bocas diminutas, casi un pequeño trazo horizontal.

A juzgar por la rigidez y pesadez de sus movimientos, podría deducirse que se trataba de robots, de autómatas. Sin embargo, aquéllos eran seres humanos, aunque copias exactas los unos de los otros.

—¡Ahora lo comprendo! —exclamó Karalai.

—¿Qué…? —susurró Heera, medrosa.

—Hysthar ha tenido éxito en su proyecto. ¡Esos son criaturas clónicas…!

—¿Clónicas? ¿Qué significa…?

—¡Chisst! No tengo tiempo de explicártelo ahora. ¡Mira!

Los clónicos acababan de ponerse en movimiento nuevamente. Sin que mediara una orden, todos avanzaban lentamente hacia el grupo de guardias, los cuales, espeluznados, retrocedieron y corrieron con toda sus fuerzas hacia la frontera.

Tres clónicos se inclinaron y tomaron a Keffron, que continuaba inmóvil en el suelo.

Pero ¿qué le sucedía a Keffron? Parecía afectado por un ataque de epilepsia, pues aunque sus miembros estaban rígidos e inmóviles, sus ojos permanecieron abiertos, aunque inexpresivos y fijos.

La extraña tropa, formada por más de cien criaturas clónicas, avanzaba como una máquina compacta en pos de los vigilantes que huían.

Y Karalai, sin pensarlo, les siguió a distancia prudencial.

Heera se sentía aterrorizada, pero no quería quedarse sola y caminó

aprisa en pos de la mujer de los cabellos rojos. El resto de las prisioneras, excitada su curiosidad, hizo otro tanto. Y así todos, formando diferentes grupos, escalaron la trocha y llegaron al abrupto risco donde estaba erigida la fortaleza-prisión de Tparaiwa.

Los clónicos cruzaron el puente y desaparecieron en el interior de la fortaleza. Dentro se oyeron unos gritos y alaridos de dolor. Y en seguida un fuerte rumor metálico.

—¿Qué estará ocurriendo ahí dentro? —tembló Heera.

—Me imagino que a Keffron y sus esbirros les ha llegado la hora —respondió Karalai, sin conmoverse.

—¿Quieres decir que los clónicos les van a…?

—¡Calla! ¡Ahí vuelven! —siseó su compañera.

Keffron fue el primero en aparecer. Había vuelto en sí y caminaba pesadamente en cabeza… con un dogal de hierro al cuello. La gruesa cadena le unía al resto de los hombres que habían estado a sus órdenes.

Los cincuenta vigilantes de Tparaiwa, encadenados y vencidos, avanzaban torpemente, flanqueados por dos rígidas hileras de clónicos.

Karalai retrocedió unos pasos instintivamente. Su movimiento fue suficiente para atraer la atención de Keffron, el cual se detuvo un instante y gritó:

—¡Huid, mujeres, ahora que aún es tiempo! Nosotros ya estamos listos.

Dirigió una última y desesperada mirada a Karalai, hundió la cabeza en el pecho y caminó pesadamente hacia el barranco.

Karalai tragó saliva. Lo que había sospechado iba a ocurrir de un momento a otro: los clónicos habían sido enviados a Tparaiwa para relevar a Keffron y sus sádicos lacayos. Pero no se trataba de un simple relevo.

Se volvió a Heera y susurró:

—El clónico que caminaba en cabeza gritó: «*¡Algruwalah!*» ¿Qué significa eso? ¿Puedes comprenderlo?

La joven asintió, trémula.

—Es el dialecto en que se comunica la clase dominante de Xeswooxathis. *Algruwalah* significa… *muerte* —respondió.

Karalai se estremeció.

—Así que no me equivocaba al suponer que…

Se volvió hacia el resto de las prisioneras, que formaban un apiñado grupo a escasos metros de distancia.

Las expresiones que vio en sus ajados rostros no eran de temor, sino de avidez y de ansias de revancha. En cierto modo, sus sentimientos estaban justificados: al fin, los hombres impíos que las habían martirizado y torturado durante años iban a recibir su merecido.

La tropa de clónicos que escoltaba a los carceleros se alejaba hacia el tajo. Desde aquella altura hasta el fondo del barranco de los saurios habla más de cien metros de caída vertical.

—Creo que deberíamos marcharnos —advirtió Karalai, muy pálida.

Heera estuvo de acuerdo, pero cuando ambas mujeres retrocedían cuesta abajo, advirtieron que sus compañeros de encierro avanzaban ciegamente en pos de los clónicos.

—¡Esas estúpidas…! —se lamentó Karalai—. ¿Es que no son capaces de comprender que todas estamos en peligro?

Detuvo a Heera, la tomó por una mano y volvió sobre sus pasos. Heera jadeaba cuesta arriba, pero Karalai la llevaba a remolque y la elevaba a tirones cada vez que su compañera caía.

Arriba, Karalai dejó a Heera y corrió hacia el barranco.

Las mujeres se habían apiñado en torno a una aguja pétrea de unos quince metros de altura. Karalai llegó junto a ellas y miró hacia abajo.

Los clónicos habían situado la cuerda de presos al borde mismo del barranco. Keffron, situado en primer lugar, contemplaba horrorizado algo que debía estar allá abajo, en el fondo.

Luego se oyó aquel grito gutural:

—*¡Algruwalah!*

Keffron cerró los ojos y saltó al vacío. Simultáneamente, los clónicos obligaron a avanzar a los que formaban la cuerda y el peso de los despeñados arrastró a los restantes hasta que todos desaparecieron a la vista de Karalai, la cual cerró los ojos, murmuró algo entre dientes y volvió a toda prisa para reunirse con sus compañeras.

—¡Corred, corred con todas vuestras fuerzas, si queréis salvar la vida! —les dijo.

Y ella misma dio el ejemplo galopando como una gacela por encima de los gruesos peñascos.

En cuando llegó al lugar donde había dejado a Heera, la tomó por un brazo y salió corriendo, trocha abajo, sin detenerse un solo instante.

En aquel momento, su instinto sólo la impulsaba a huir ciegamente.

Pero cuando pasaron ante la sombría fortaleza, se detuvo un momento.

—¡La aeronave de los clónicos! —gritó—. ¡Allí está nuestra

salvación…!

Pero entonces Karalai no tuvo en cuenta que ni ella ni sus compañeras poseían los conocimientos técnicos suficientes para pilotar el enorme ingenio volador.

CAPÍTULO X

JINITRAH se sentía sumamente intrigado por la actitud del doctor Wandori. Desde la fracasada expedición a la *Tierra de los Reptiles*, Wandori se había encerrado en su vivienda.

Jinitrah ardía en deseos de hablar con el hombre que le había regalado una bella y joven esposa, pero su sentido de la intimidad ajena le impedía escalar los peldaños del bohío de Wandori y llamar a la puerta, que permanecía cerrada desde siete días atrás.

En cuanto al cacique Athay-Jawar, le ocurría algo semejante: también había decidido enclaustrarse…, aunque por distinto motivo. Sencillamente, Athay-Jawar tenía miedo a tropezarse con la serpiente que Wandori le regalara.

Sin embargo, no había motivos para tal temor, pues los jóvenes cazadores gampapois habían dado caza al reptil, lo habían matado a golpes de *janya*, tras lo cual destriparon, limpiaron y trocearon el grueso cuerpo cilíndrico y se lo zamparon entre todos, previamente guisado con aceite de palma y semillas de *wowó*.

Entretanto, el Igu-Waitzá daba muestras de sentirse encorajinado. Profundos movimientos telúricos producían un rumor sordo y amenazador, se habían abierto fumarolas a cien metros por encima de la aldea gampapoi y la temperatura del suelo había ascendido peligrosamente.

Una mañana, Jinitrah se hallaba en medio de la explanada-plaza del poblado y observaba, preocupado, la enorme grieta abierta en la ladera sur del Igu-Waitzá, cuando oyó un grito. Se volvió y vio a Wandori, que descendía apresuradamente la escala de su bohío.

Corrió al encuentro del médico y gritó, jubiloso:

—¡Por fin! Imagino que has decidido volver a hacer vida en

sociedad. ¡Temí que hubieras decidido encerrarte para siempre!

Wandori sonrió.

—He tenido mucho trabajo, eso es todo —respondió—. Tengo un proyecto para volver a Tparaiwa.

—¿Volver a la *Tierra de los Reptiles*? Estás loco, Wandori. Ya lo intentamos. Sabes que es temerario intentarlo de nuevo.

—Es una nueva idea. No haremos el viaje por tierra —declaró el doctor.

—¿Por dónde, pues?

—Por el aire.

Jinitrah se mostró asustado.

—¿Te refieres a una de esas naves ovaladas que utilizan los bárbaros? Tú me contaste que habías llegado a las proximidades de Gahangah en uno de esos artilugios volantes —comentó el hijo de Athay-Jawar.

Pero Wandori movió la cabeza en sentido negativo.

—Ya había pensado en ello, pero no es posible utilizar la aeronave que robé en Xeswooxathis: me vi obligado a descender porque el combustible se terminaba, de modo que la nave es inservible así. Mi proyecto es distinto. ¿Quieres verlo?

Jinitrah asintió, entusiasmado.

—Vamos entonces.

Escalaron ágilmente los peldaños de acceso y vieron a «Shiffi», la serpiente traída de Tparaiwa, que engullía tranquilamente un gran roedor, cazado un momento antes en la subcámara del bohío.

Wablaana les saludó con un movimiento de cabeza y desplegó la mesa que había construido el doctor Wandori. Sobre ella, el médico extendió una gran hoja, ya desecada, de *pampam*, sobre la que había dibujado una especie de cometa.

—Lo he calculado todo minuciosamente, por eso he tardado tanto en salir de casa. Creo que podremos viajar un mínimo de diez hombres —comentó Wandori.

Los ojos de Jinitrah se encendieron.

—¿Tú crees que eso… es posible? —murmuró.

Wandori distendió sus labios en una sonrisa cortés.

—Desde luego que sí. Sólo hace falta poner manos a la obra.

Jinitrah retrocedió unos pasos.

—Pero… ¡nadie hizo eso! ¡Jamás!

El médico se inclinó sobre el farragoso croquis. Pacientemente, explicó algunos pormenores de tipo técnico al hijo de Athay-Jawar. Al poco rato, Jinitrah se sentía calenturiento y confuso, pero asentía con gran entusiasmo a las explicaciones de Wandori.

—Si tú crees que puede hacerse, yo te respaldaré hasta el fin —prometió Jinitrah.

Y acordaron que ambos se pondrían manos a la obra a partir de aquel momento.

* * *

Athay-Jawar se había cansado de llamar a gritos a sus numerosas esposas.

—¡Waway!

Pero Waway no acudió.

—Yinka, por favor, Yinca. Tú sí vendrás, ¿verdad?

Pero Yinka no apareció.

El cacique se enfureció.

Para él era normal que sus esposas-esclavas acudieran a la más leve señal. Pero ahora ninguna de ellas daba señales de vida. Y ello comenzaba a preocuparle seriamente.

Siguió llamando a Maraií, a Iuta, a Maragré, a Ptai, Gaia, Totta…

Pero su fastuoso bohío permanecía silencioso y no se oían pasos precipitados —algo anormal— de alguna de sus leales mujeres acudiendo a la llamada del jefe.

Al fin, Athay-Jawar, hambriento y sediento, bajó pesadamente de su lecho-trono y caminó, desorientado, hacia el fondo del amplio bohío. Miró a través de la sutil persiana de palma trenzada, pero no vio a nada.

La plaza estaba desierta y no había el menor atisbo de vida en los alrededores de la aldea gampapoi.

El cacique se tomó las cosas con filosofía.

—Quizá, finalmente, Igu-Waitzá ha decidido salirse de madre y nos está gastando una broma pesada —imaginó.

Se recostó en un alargado banco acolchado con penachos de *iapeshu* y tornó a atisbar a través de la rendija de la persiana.

No percibió ningún movimiento, ningún sonido.

O, mejor, sí.

Era algo así como un griterío lejano, como una algarabía de voces

conocidas, aunque tan remotas que apenas podía identificarlas.

Esperó un rato.

Oía aquellos gritos y aspavientos con cierta claridad —cuando el viento soplaba a favor—, pero a veces la aldea volvía a quedar en silencio, para su desesperación.

—Pero ¿adónde habrán ido todos? —se preguntó, entre desesperado, rabioso e impotente.

De buena gana hubiera vestido sus mejores galas guerreras e ido al encuentro de sus gentes. Pero tenía demasiado temor a un previsible encuentro con la enorme serpiente que el «bárbaro» doctor Wandori le había traído, como «obsequio», de su excursión a la peligrosa *Tierra de los Reptiles*.

Sin embargo, veía que pasaba el tiempo y nadie acudía. Gahangah permanecía silenciosa, como muerta. Nada se movía ni el menor rumor —excepto aquellos aislados griteríos— percibían los oídos de Athay-Jawar.

Finalmente, el jefe de la tribu gampapoi se decidió, Era como decir; «Si la montaña no viene a Mahoma, Mahoma va a la montaña.»

Y así lo hizo, pero no sin aderezarse previamente de sus mejores arreos guerreros. Con el penacho circular de plumas azuladas de buitre real, el amplio manto recamado de piedras preciosas —que sólo utilizaba en las ocasiones solemnes— y sus amplios pantalones bombachos terminados en ricos mocasines de piel de pantera de la montaña.

De esta guisa, Athay-Jawar abandonó su principesca vivienda elevada —la única que separaba en dimensiones y en altura a las demás — y se encaminó con paso prudente hacia las colinas del ardiente Igu-Waitzá.

A medida que caminaba, los sonidos que llegaban a sus oídos se iban haciendo más y más audibles. Eran gritos alborozados.

—Se están divirtiendo, pero lo que más me indigna es que no sé por qué. ¿Es que no tienen la obligación de tenerme al corriente de todas las actividades comunales? —se preguntó con una pizca de frustración.

Para su peso, la caminata —siempre cuesta arriba— resultaba excesivamente fatigosa. Jadeaba, pero le picaba tanto la curiosidad que no descansó hasta alcanzar la penillanura situada a unos doscientos metros por encima de la aldea de Gahangah.

Y al llegar allí vio… Vio algo que le dejó paralizado, estupefacto, incapaz de reaccionar.

El primer sentimiento del jefe Athay-Jawar fue de estupefacción, pero inmediatamente se sintió aterrado al contemplar al monstruoso pájaro que se cernía, majestuoso, sobre las estribaciones elevadas del volcán.

A aquella altura —3.000 metros— el espeluznante y enorme engendro planeaba de forma magnífica, evolucionando con soltura al pie de los riscos erizados de lava. A veces, la siniestra forma se elevaba soberbia en el aire, otras descendía lentamente y parecía rozar las copas de los frondosos árboles que limitaban el bosque antes de la zona de promontorios erizados, formados por las ardientes haces del Igu-Waitzá.

Athay-Jawar se mantenía al pie de las frondas, temeroso del animal aéreo que se deslizaba amenazadoramente en las alturas.

Pero veía a sus súbditos palmotear entusiasmados, formando un apretado grupo en la elevada meseta. Allí se apiñaban hasta seiscientas personas, las cuales contemplaban, embelesadas, las evoluciones de la bestia maldita y gritaban llenos de entusiasmo cuando el gigantesco pájaro se aproximaba a la alta explanada y pasaba como una exhalación, casi rozando las cabezas de los circundantes.

Athay-Jawar comprobó, pasmado de asombro, que entre el grupo —y en primer plano— se encontraba precisamente su propio hijo Jinitrah. Y lo que no le cabía en la cabeza era que precisamente era Jinitrah quien más fervorosamente aplaudía.

Se encolerizó. Y reuniendo todo su valor, se apartó de las verdes *haigallas* y cruzó a la carrera la estrecha meseta inclinada, gritando toda su indignación a voz en cuello y con las venas hinchadas.

—¡Locos, temerarios, fanáticos, ilusos! ¿Es que no os dais cuenta de que esa bestia alada os puede devorar? —chillaba con todas sus fuerzas.

Y precisamente en aquel momento, la bestia alada se abatió sobre el llano y su enorme sombra cubrió a Athay-Jawar, el cual, espantado y sobrecogido, no encontraba un refugio a propósito para esconderse.

Pero ya era demasiado tarde, porque el ave descendió majestuosamente y se posó sobre la mesa de polvo negruzco, hasta detenerse a escasa distancia del jefe Athay-Jawar, el cual cayó prosternado en tierra, hundió el rostro en el negro polvo y comenzó a impetrar a los dioses benignos.

Pero, al cabo, alguien puso una callosa y pesada mano en su espalda y le obligó a reaccionar.

—Tranquilízate, jefe. No hay ningún peligro.

Alzó la cabeza y vio a Wandori. Miró de reojo y vio al «monstruoso

pájaro» posado a unos pasos.

En verdad, tenía una apariencia formidable. De diseño triangular, en forma de ala delta, su barquilla de resistente palma trenzada tenía no menos de quince metros.

—¿Qué es esa cosa horrenda? —preguntó el cacique.

—No es una cosa horrenda —respondió el doctor Wandori, tendiéndole su brazo para ayudarle a incorporarse—, sino una nave que se desliza en el aire. Y ahora, jefe, pido tu consentimiento para que diez de tus cazadores me acompañen en mi viaje.

—¿Viaje… en eso? —masculló, despectivo, Athay-Jawar.

—Te he visto desde las alturas, como tú has visto navegar mi velero. De modo que ya sabes, jefe, que mi invento funciona. Es decir: vuela.

Athay-Jawar frunció los labios, iracundo.

Pero ¿cómo se había atrevido el «bárbaro» doctor Wandori a poner en marcha una empresa semejante sin su autorización?

No atreviéndose a poner de manifiesto su indignación en voz alta, el jefe cuchicheó algo al oído del doctor.

—¿Que por qué no te consulté, jefe? Sencillamente, no estaba seguro de que mi idea funcionara. Pero ahora estoy seguro de que es práctica y eficaz. Por lo demás —Wandori elevó la voz, de modo que todos pudieran oírle claramente—, he dicho a tus gentes que eres tú, precisamente el jefe Athay-Jawar, quien patrocina una empresa tan arriesgada y azaradosa. Ellos saben que tú confías en nosotros. Formamos un grupo de once hombres, entre los que se cuenta tu propio hijo, Jinitrah. ¿Cabría a un jefe mayor honor que el de contar a su hijo en el grupo de esforzados expedicionarios que llegarán por el aire a Tparaiwa?

Explicadas las cosas así, el cacique no se atrevió a desautorizar las razones del doctor Wandori. Por el contrario, sonrió ufano y tranquilo y elevó las manos para atraer la atención de sus gentes.

En definitiva: Athay-Jawar estaba seguro de que tanto el doctor Wandori como Jinitrah y los demás locos dispuestos a acompañarle, se estrellarían rápidamente contra cualquier risco. Pero al cacique no le importaba demasiado perder a Jinitrah —y le estimaba profundamente —, pues aparte del primogénito tenía otros treinta y ocho hijos.

Así que dirigió una encendida alocución a las gentes de su aldea, exaltando el valor de los que se atrevían a subir al espantoso artilugio y dejó bien sentado que la idea del viaje aéreo a la *Tierra de los Reptiles* sólo había partido de la mente esclarecida del cacique Athay-Jawar.

Tras lo cual, no supo más que decir y consultó a Wandori con la mirada.

—Nada más —pronunció el médico—. Nuestra nave está dispuesta para partir y el ánimo de los expedicionarios es excelente. Si tú, jefe, nos das tu bendición, partiremos ahora mismo.

Athay-Jawar estuvo a punto de caer al suelo.

—¿Ahora mismo?

—Sí. Todo está dispuesto.

A una señal de Wandori, Jinitrah y los nueve atléticos gampapois que le secundaban se apartaron del grupo de espectadores y corrieron hacia el enorme planeador fabricado a base de largas y resistentes varas de *bruckie* (un bambú incombustible) y palma trenzada.

Pero ¿qué estaban haciendo?

Athay-Jawar vio cómo introducían un polvo amarillento en dos troncos huecos de *kalaboo*, fuertemente sujetos a la parte posterior del planeador.

—¿Qué hacen? —preguntó, zarandeando por un hombro a Jinitrah, que dirigía la operación.

—No tengo ni idea. El doctor Wandori mezcló azufre, potasa, clorato y sal. Con esta mixtura atascamos las toberas de troncos huecos de *kalaboo*. No puedo explicártelo más claramente, padre. Sólo puedo decirte que Wandori aplicó dos mechas a esos tubos y les prendió fuego. Seguidamente subió a la barquilla y… ¡fssss! Brotaron dos chorros de fuego de los tubos y la nave salió disparada hacia adelante a gran velocidad, se deslizó sobre el polvo de toba volcánica y… ¡voló!

El cacique retrocedió unos pasos, bufando.

—¡Locos, estáis todos locos! —gruñó.

Pero no se alejó demasiado. De alguna forma, su curiosidad era más intensa que el miedo. Malignamente, Athay-Jawar esperaba que todo el plan del doctor Wandori fracasase y la población volviese inmediatamente a Gahangah.

Pero Wandori parecía muy seguro del éxito de su plan. Firmemente erguido junto a su majestuoso artilugio volador, gritaba sus órdenes y dirigía las operaciones finales sin pestañear, ante la atención casi religiosa de todos los circunstantes.

Finalmente todo estuvo dispuesto.

Wandori ordenó a los expedicionarios:

—¡Subid!

Los bravos cazadores vacilaron un momento. Pero luego Jinitrah hinchó el atlético pecho, miró con orgullo a su padre y caminó hacia la

alargada barquilla. Su ejemplo movió al resto de los expedicionarios, los cuales desfilaron lentamente hacia el gran deslizador con temple y solemnidad propios del momento.

En cuanto a Wandori, se dirigió a la parte trasera de la nave, se inclinó y encendió las mechas de las improvisadas toberas de impulsión. En seguida corrió a la barquilla y se situó en el puesto del piloto, desde el que podía manipular una intrincada serie de cables y mandos que movían los *flaps* y alerones del artilugio.

De repente, se oyeron dos explosiones casi simultáneas, surgieron dos bocanadas de fuego y la nave se deslizó veloz sobre la pista de polvo negro.

Sus deslizadores dejaban profundos surcos sobre el piso y atrás quedaban espesas tolvaneras de polvo que, por un momento, ocultaron la nave.

Pero en seguida ésta se elevó majestuosa en el aire y las gentes de Gahangah prorrumpieron en un incontenible grito de entusiasmo.

Definitivamente, Athay-Jawar había venido a dar en tierra con su voluminosa humanidad. Desde el suelo, manchado por completo de polvo negro que procuraba quitarse de encima a manotazos, dirigió su mirada a las alturas y admiró las elegantes evoluciones del planeador del doctor Wandori.

La nave planeó sobre la explanada, ganó altura y definitivamente puso rumbo al norte.

Al cabo de unos minutos, el planeador en que viajaba Wandori con diez jóvenes cazadores se convirtió en un minúsculo puntito que finalmente desapareció en el horizonte.

La población gampapoi permaneció todavía un rato en la explanada, mirando ensimismada la inmensidad azul.

Hasta que allá en las alturas, se oyó el horrísono carraspeo del Igu-Waitzá y, prudentemente, el jefe Athay-Jawar ordenó que todos descendieran camino de la aldea.

CAPÍTULO XI

POR encima de la cúspide del risco aparecieron las cabezas de los clónicos. Su avance era lento, pero firme y rítmico.

—¡Vienen en pos de nosotras! —clamó Heera, deteniéndose.

También Karalai se detuvo un momento. Pero en seguida tomó de la mano a su joven compañera y la arrastró hacia abajo.

El tropel de mujeres corría desordenadamente por la abrupta pendiente. Algunas caían y rodaban dolorosamente sobre los guijos y lascas rocosas, pero no faltaba alguna compañera que se detuviera para auxiliarla e impulsarla a seguir galopando hacia la pista elevada donde se hallaba la aeronave de los clónicos.

Karalai galopaba incansable hacia el lugar donde se encontraba la nave que podía ser su salvación.

Tan veloz como su carrera era el ritmo de sus pensamientos.

—Desgraciadamente, yo no conozco el manejo de esas naves. Pero ¡quién sabe! Cuando estemos dentro, nos encontraremos a salvo. Y quizá…, quizá consiga entender los mandos, poner en marcha sus generadores de energía… ¡Escapar!

Hubo un momento en que se vio obligada a soltar el brazo de Heera, pues sus propios pulmones estaban a punto de estallar y sus piernas le pesaban como si fueran de plomo.

De todas formas, aún siguió caminando por inercia. Pero cuando se detuvo un momento para tomar aliento, advirtió que Heera yacía en el suelo a cierta distancia, por lo que volvió hacia ella tambaleante.

El tropel de aterradas prisioneras pasó junto a ellas sin detenerse. Karalai se inclinó sobre Heera y comprobó que la muchacha había perdido el ánimo por completo.

—¡Vamos, levántate! —gritó, rabiosa—. Una carrera más y estaremos a salvo.

Pero Heera no se movió. Se había encogido sobre sí misma hasta alcanzar la posición fetal y tiritaba, a pesar de que la temperatura era altísima.

—Déjame —murmuró la joven—. Ya no tengo fuerzas para seguir huyendo. Además, es inútil. Ellos nos darán alcance y nos exterminarán.

Karalai dirigió una rápida y urgente mirada hacia la colina donde se erguía la fortaleza-prisión de Tparaiwa. La impresionante formación de gigantes clónicos proseguía implacable su marcha y se hallaban ahora a mitad de la pendiente que separaba la fortaleza de la mina de azufre.

A distancia equidistante, el grupo de prisioneras escalaba atropelladamente la cuesta contraria.

Karalai jadeó, desesperada.

Era consciente de que apenas le restaban fuerzas para llegar a la pista elevada donde descansaba la aeronave ovalada.

—¿Cómo, entonces, podría cargar contigo? —se preguntó en voz alta.

—Déjalo. Todo es igual. Tú tampoco escaparás. Ellos nos darán muerte —susurró Heera, encogida sobre sí misma como una niña asustada.

—No seas tonta. Tú sabes cuál es el designio de Hysthar: dejarnos morir lentamente. Los clónicos han venido a relevar a Keffron y sus esbirros, pero no nos harán más daño que los otros.

Heera se irguió impulsivamente.

—¿Que no nos matarán? —gritó—. ¡Escucha sus gritos!

Karalai giró sobre sí misma y dirigió su mirada hacia la formación de clónicos. Seguían avanzando acompasada e irrefrenablemente y gritaban a cada paso:

—*¡Algruwalah, algruwalah!*

Heera gimió:

—¿Has oído? *¡Algruwalah!* Es decir: *muerte.*

De todas formas, Karalai no se dio por vencida. A empellones, consiguió poner en pie a Heera y se la cargó expeditivamente sobre el hombro izquierdo.

Dio unos pasos, trató de forzar la carrera y… cayó rodando con su carga sobre la pedregosa trocha.

El impacto contra los guijos le provocó un gemido de dolor.

Su cuerpo, ya maltrecho y exhausto, quedó aplastado por el peso del de Heera, la cual no fue capaz de reaccionar.

—Está bien: parece que nuestra carrera ha terminado. Para siempre —se dijo Karalai.

Pero en aquel momento ocurrió algo sorprendente: Heera se incorporó y gritó:

—¡Mira!

—¿Qué debo mirar? —gimió Karalai, tan dolorida apenas pudo erguirse.

Pero no tuvo que esperar la respuesta de su compañera porque ella misma pudo verlo allá en lo alto: una extraña forma geométrica de proporciones considerables planeaba sobre la pista de aterrizaje y se cernía suavemente precisamente en dirección a la fortaleza.

Los clónicos avanzaban implacablemente cuesta abajo cuando el planeador del doctor Wandori se abatió vertiginosamente sobre ellos.

En realidad, Wandori no estaba muy seguro de lo que iba a hacer en aquel momento. Desde el aire, él y sus camaradas habían avistado la mole de Tparaiwa. También vieron a los gigantes vestidos de negro y a las enflaquecidas prisioneras que trataban desesperadamente de alcanzar la meseta artificial donde se posaba una aeronave de color grisáceo.

Wandori supo entonces que habían llegado a su destino. Él y sus cazadores no poseían otras armas que las afiladas *janyas*, pero Wandori sabía que tenía que acudir en auxilio de aquellas infelices mujeres.

El problema acuciante era tomar tierra. Pero ¿dónde? El árido y rocoso páramo que divisaban sus ojos estaba cruzado por profundos barrancos y erizado de riscos capaces de destrozar el planeador al primer impacto.

Vio, allá abajo, a una mujer de cabellos rojos que se erguía lentamente.

—¡Karalai! —exclamó Wandori. Pues inmediatamente adivinó que aquella mujer era la que había estado enviándole los urgentes e insistentes mensajes telepáticos.

—¿Cómo aterrizar sin perecer en el acto? Y, sobre todo, ¿cómo evitar la amenaza de esos gigantes vestidos con uniformes de cuero negro? —se preguntó, sin perder un momento el control de su planeador.

La idea acudió fulgurante: era preciso descender aprisa y dirigir la nave contra la formación de los clónicos.

Abajo, Karalai seguía el planeo de la gigantesca cometa sin pestañear.

Vio cómo el artilugio volante se abatía a gran velocidad, cómo descendía como un enorme pájaro y se dirigía raudamente hacia los clónicos.

Incluso percibió el susurro de los planos de la nave y un soplo de viento acarició su rostro lleno de rasguños.

Sucedió un crujido espeluznante. El gran planeador acababa de caer pesadamente sobre los clónicos.

Luego Wandori y los suyos saltaron de entre los restos de la nave y corrieron cuesta abajo, mientras los clónicos supervivientes se movían confusamente en distintas direcciones.

Wandori llegó en una rápida carrera hasta las dos inmóviles mujeres. Miró a Karalai y ella le miró a él. Y fue como si primero se produje un choque eléctrico y potente. Luego Wandori se aproximó y le tomó las manos.

—Karalai, ¿verdad? —dijo.

—Sí, doctor Wandori —respondió la mujer de los cabellos rojos, con una sonrisa indefinible—. Mi compañera es Heera.

Wandori parpadeó.

«¿Qué extraños poderes poseerá esta mujer para saber quién soy… sin haberme visto jamás?», pensó, estupefacto.

Los cazadores gampapois llegaron a la carrera y les rodearon.

—Wandori, no podemos perder el tiempo. Esos extravagantes bárbaros de las vestiduras negras se están rehaciendo ya —dijo Jinitrah, jadeante.

—Tienes razón, hemos de darnos prisa. Vamos, compañeros, ayudemos a estas mujeres a escapar —respondió el médico.

Y tomó a Karalai por la cintura y se la echó al hombro como si fuera una pluma. Jinitrah tomó a Heera de la misma forma y todos corrieron apresuradamente hacia la meseta.

Cuando llegaron arriba, vieron a las mujeres que se apiñaban como borregos asustados bajo el fuselaje de la aeronave gris.

Wandori dejó a Karalai en el suelo y se volvió hacia abajo para echar un vistazo.

Advirtió que el impacto del planeador había abatido a una treintena de gigantes clónicos. Algunos de los supervivientes vagaban torpemente de un lugar a otro, pero un grupo formado por más de cincuenta clónicos componía ya una sólida formación que avanzaba con el

característico paso acompasado hacia la pista de aterrizaje.

—¡Ya vienen, ya vienen! —susurró Heera, todavía en brazos del atlético Jinitrah.

Wandori se volvió hacia la nave. Y sonrió por primera vez desde que partiera de las cimas del Igu-Waitzá.

Apoyó ambas manos en el rectángulo rojo que resaltaba sobre el acorazado fuselaje; simultáneamente se abrieron dos puertas oblongas y descendió la rampa de acceso.

—¡Adelante, suban! —gritó Wandori a las flacas prisioneras de Tparaiwa.

Y ellas ascendieron en un tropel, empujándose las unas a las otras a pesar de que se sentían famélicas y sin fuerzas: sólo el instinto de supervivencia obraba por ellas.

Karalai tomó por un brazo al médico.

—Doctor Wandori, usted sabe pilotar esta nave, ¿verdad? —susurró entre esperanzada y angustiada.

La sonrisa de Wandori la confortó.

—Fue en una aeronave como ésta en la que hui de Xeswooxathis. Si fui capaz de manejar aquélla, ésta no tendrá secretos para mí —dijo.

Los clónicos subían ya por la senda que llevaba a la pista de aterrizaje. Si bien su avance era lento y monótono, ni uno de ellos vacilaba o perdía el equilibrio. Su marcha parecía irrefrenable.

—¡Vienen! —repitió Heera con un trémolo desesperado.

—Subamos todos —indicó Wandori.

Pero los jóvenes gampapois se turbaron.

—¿Qué os pasa? —se impacientó el doctor—. ¡Llévate a esa joven, Jinitrah!

El hijo de Athay-Jawar permaneció inmóvil.

—Las aeronaves bárbaras son tabú para nosotros —explicó con voz ronca—. Ni mis compañeros ni yo subiremos a esa máquina infernal.

Wandori se irritó.

—También la muerte es tabú. Y tan seguro como que ahora es de día que moriréis si os quedáis aquí. ¿No veis que esos gigantes negros avanzan implacablemente? ¿Qué haréis cuando dentro de un instante ellos lleguen aquí? —planteó a los gampapois.

—Tenemos nuestras *janyas* —replicó Jinitrah—. Lucharemos contra ellos hasta morir.

Heera se estremeció.

—Yo no quiero morir —declaró.

Y separándose de Jinitrah, huyó rampa arriba y desapareció en el interior de la nave.

Quedaron en silencio, indecisos y tensos. Y en el silencio se oyó el fragor de las pisadas de los clónicos y su jadeo característico.

—*Algruwalah-algruwalah, algruwalah-algruwalah.*

Era una cadencia impresionante, amenazadora.

Wandori fue al borde de la meseta, llevando a Jinitrah por un brazo.

—¡Míralos! —rugió—. ¡Están llegando!

Jinitrah palideció. Sus ojos desorbitados contemplaron los rostros amorfos de las criaturas clónicas, aquellas facciones idénticas entre sí, sin expresión. Y oyó la desquiciante salmodia una vez más:

—*Algruwalah-algruwalah-algruwalah-algruwalah.*

Súbitamente, Jinitrah dejó escapar un alarido de espanto, retrocedió y corrió como una exhalación hacia la nave, en cuyo interior desapareció.

Sus compañeros reaccionaron en el acto. Si el hijo del gran Athay-Jawar olvidaba el tabú de las naves bárbaras, ¿por qué no iban ellos a hacer otro tanto?

De modo que en confuso tropel penetraron en la aeronave gris, aunque sin olvidar sus rudimentarias armas, las temibles *janyas*.

Karalai y Wandori se miraron.

—Vamos ya —dijo él.

Tomó a la mujer por un brazo y la condujo a bordo.

Justo en aquel momento, la tropilla clónica ascendió a la meseta y cargó contra la nave en el momento en que las sólidas compuertas se cerraron.

Desde arriba, Wandori y Karalai vieron cómo los clónicos chocaban ciegamente contra el fuselaje.

Luego los clónicos se detuvieron. Impávidos, giraron sobre sí mismos y rígidamente formados, descendieron.

—*Thond algruwalah, thond algruwalah* —repetían monótonamente, al tiempo que se alejaban cuesta abajo.

Wandori se trasladó a la cabina de navegación y puso en marcha los generadores. La nave trepidó apenas y segundos después se elevaba sobre los barrancos de Tparaiwa.

—¿Qué hacen? —preguntó Karalai al doctor Wandori. Y señalaba hacia abajo.

La tropa de los clónicos caminaba hacia la fortaleza-prisión. Los individuos que vagaban torpemente por los alrededores, se fueron uniendo a la formación principal de forma que, cuando Wandori hizo evolucionar la aeronave sobre ellos, las criaturas vivientes formaban un apretado y homogéneo grupo.

—No lo sé. No comprendo la actitud de esas extravagantes criaturas —respondió el piloto.

Sin embargo, también él sentía exacerbada su curiosidad, por la que, en lugar de alejarse de aquellos desagradables parajes, evolucionó sobre los riscos, siguiendo desde las alturas la progresión de la marcha de los seres clónicos, que parecían dirigirse hacia el barranco de los reptiles a cuyo fondo hablan sido precipitados Keffron y sus guardianes.

—*¡Thond algruwalah, thond algruwalah!* —gritaban como energúmenos los gigantes enfundados en cuero negro y brillante.

—Tengo que averiguar qué significa eso: *thond algruwalah* —murmuró Karalai. Y abandonó la cabina y fue en busca de Heera, a la que encontró apiñada en el grupo de las prisioneras, que ocupaban la gran cámara de transporte.

Formuló la pregunta a su joven compañera y ésta respondió, indiferente:

—*Thond algruwalah* significa «*muerte para nosotros*».

Karalai se llevó ambas manos al lacerado rostro.

—¡No puedo creerlo! ¿Quieres decir que… se proponen morir, suicidarse? —preguntó a Heera.

—Yo no sé lo que se proponen hacer esos monstruos. Sólo respondo a tu consulta: *thond algruwalah* es la traducción de «*muerte para nosotros*» —respondió la joven. Y se apretó, temerosa, contra el grupo de sus compañeras de cautiverio.

Karalai volvió en seguida a la cabina de navegación y se reunió con el doctor Wandori y los jóvenes gampapois, que rodeaban al piloto.

No dijo nada a Wandori. Se sentía tan impresionada que ni siquiera tenía fuerzas para hablar.

Pero sí pudo ver lo que ocurría allá abajo. Los clónicos llegaban ya al talud del precipicio al que habían sido precipitados los crueles vigilantes de la prisión.

Formaban ahora una larga hilera de unos noventa individuos. A la cabeza estaba Thero, el número uno de aquellas criaturas extravagantes.

Thero dio un gran grito y se precipitó al vacío. Y sus compañeros, uno por uno, fueron imitándole hasta que todos los clónicos

desaparecieron en la profundidad azul del barranco de los reptiles.

CAPÍTULO XII

Y renació la vida para las prisioneras de Tparaiwa,

Los primeros días en Gahangah pasaron sin dejar huella. Las mujeres fueron atendidas por las gentes gampapois como si pertenecieran a su raza, a pesar de que los ajenos a la tribu eran considerados bárbaros e indeseables.

La alimentación rica y abundante las mejoró mucho físicamente, pero fueron la tranquilidad, el sosiego y la solicitud de los sencillos indígenas los factores que consiguieron apaciguar sus espíritus.

En cuanto al jefe Athay-Jawar, se sentía tan orgulloso de la hazaña de Wandori, Jinitrah y sus jóvenes guerreros como si él mismo fuera el protagonista de la epopeya. Por ello, el doctor y los demás expedicionarios recibieron durante las jornadas siguientes el agasajo y el reconocimiento de toda la aldea, que se tradujo en alegres fiestas y banquetes, a pesar de que allá, en las alturas, el volcán seguía «bostezando» amenazadoramente.

La grieta de la ladera se había abierto considerablemente y de su seno brotaban gases tóxicos, tufaradas de humo negro e incluso proyecciones de tierra y piedras de considerable tamaño.

Wandori se sentía preocupado. Y habló de ello con Jinitrah, puesto que resultaba abstruso plantear la cuestión al terco Athay-Jawar.

—Creo que la catástrofe se avecina, Jinitrah. El viejo Igu-Waitzá va a estallar de un día a otro y todos moriremos —dijo.

—Lo sé —asintió el joven—, pero ya conoces la opinión de mi padre. El cree que el *Bravo Guerrero* nos protege y que no recibimos ningún daño. Pero yo pienso como tú: la amenaza es cada día más tangible

—¿Cómo podríamos convencerle de que es preciso buscar otro hábitat para la tribu? —planteó el doctor—. Cuando volamos a

Tparaiwa, observé desde las alturas unas montañas boscosas y protegidas por profundos cañones. Esas montañas están a distancia segura de aquí, del Igu-Waitzá. Sería un paraje maravilloso para establecer la nueva aldea gampapoi.

—Son las Hagai-Rampah, es decir, el *Paraíso Verde*, y tienes razón: es un lugar seguro y propicio. Hay agua abundante, caza, bosques… todo lo necesario para nuestra vida —explicó Jinitrah.

Se encogió tristemente de hombros y añadió:

—Por desgracia, mi padre es demasiado terco y aferrado a sus creencias. No cedería jamás a su fe en la protección del Igu-Waitzá.

—En ese caso, tendré que abandonaros. No puedo permitir que las prisioneras de Tparaiwa perezcan en Gahangah cuando el volcán decida estallar. Y me temo que ese momento esté peligrosamente próximo —dijo Wandori, disgustado pero decidido.

Jinitrah le tomó por un brazo.

—No puedes irte. Eres muy necesario aquí, pero además te queremos. Para nosotros eres como un dios.

—No quiero ser un dios, sino un hombre. Y, si es posible, vivo. Reflexiona, Jinitrah. ¿No ves ninguna posibilidad de que tu padre acceda a que él y toda su gente abandonen la aldea? —preguntó en última instancia.

Jinitrah caviló. Y al fin su expresión se animó.

—Dentro de unos días celebraremos el Axur-Akayak. Esa es la única posibilidad —declaró.

—¿Axur-Akayak? ¿Qué es eso?

—Significa «Día de la Conferencia» y se celebra cada cinco años. Como tú sabes, existen otras tribus gampapois instaladas más al sur y al este. Ese día, todos los jefes se reúnen con sus gentes en el cráter del Iu, un volcán extinguido. Allí hablan, se cuentan las novedades habidas en ese período y se intercambian otras informaciones acerca de la caza, de los peligros posibles y se imparten consejos y se realizan acuerdos relacionados con el interés común de los gampapois —respondió el hijo de Athay-Jawar.

A Wandori le interesó inmediatamente la celebración del Axur-Akayak.

—Y ese día, ¿todos los habitantes de Gahangah abandonan la aldea? —inquirió.

—Todos —contestó Jinitrah—. Es un encuentro quinquenal entre hermanos de la misma raza y deben asistir todos, incluidos las mujeres

y los niños.

—¿Cuándo es exactamente la celebración del Axur-Akayak?

—Dentro de siete días. Hay que ponerse en camino cuatro fechas antes, pues hay una distancia considerable hasta el lu.

Wandori dirigió una mirada estimativa hacia el cráter del Igu-Waitzá.

¿Resistirla el violento y temible *Bravo Guerrero* tres días? Ojalá fuese así, porque en caso contrario…

Se despidió de Jinitrah en seguida y volvió a su bohío, pues necesitaba reflexionar sobre lo que acababa de oír de labios de Jinitrah.

Waablana no estaba en casa, pues había salido a buscar frutas frescas, de modo que Wandori se recostó en su lecho, tiró de la rústica persiana para evitar la entrada del humo procedente del volcán y se abstrajo en sus pensamientos.

Tan inmerso llegó a estar en ellos, que ni siquiera escuchó el crujido de los peldaños de la escala.

—Wandori.

Giró el cuello y vio a Karalai.

Parecía una diosa. Su cabellera, antes basta e hirsuta, tenía ahora reflejos sedosos y esplendentes. Su rostro de rasgos exóticos y fuertes aparecía ahora sin suciedad ni costras de sangre coagulada. Vestía una sucinta pieza de piel que cubría su cintura y exhalaba un ligero perfume que, aunque leve, pudo ser percibido fácilmente por el olfato del hombre.

—¡Karalai! —exclamó. Y se incorporó de un salto.

Ella sonrió suavemente. Y dijo:

—Gracias.

Wandori bajó la cabeza, desvió la mirada. Le turbaba profundamente la belleza de aquella mujer singular. Evitaba mirar sus piernas, largas y torneadas, evitaba sobre todo recrearse en la contemplación de sus senos desnudos, abundantes y prietos como los de una mujer joven y sana.

Wandori sabía que ella le estaba agradecida por haberlas salvado de la esclavitud y, quizá, de la muerte.

Durante largos días, Wandori no había visto a la mujer de los cabellos rojos. Sentía un profundo interés hacia ella, pero Karalai habla preferido mantenerse oculta hasta entonces.

Planteó abiertamente la cuestión y ella dijo:

—No quería ofenderte con mi repugnante presencia.

—¿Repugnante?

—¡Sí! Y tú lo sabes. Cuando nos vimos la primera vez, yo estaba en los huesos, sucia, enflaquecida. Y hedía. Por eso he permanecido lejos de tu vista estos días. Necesitaba recomponer mi aspecto y ofrecer una presencia digna y agradable.

—Ahora soy yo quien debe darte las gracias —declaró Wandori, amablemente—. Tienes un aspecto maravilloso. Bien. ¿A qué has venido?

La diosa roja avanzó unos pasos y le rozó con sus cabellos brillantes y perfumados.

—He venido a decirte que te amo, Wandori —confesó.

El hombre tembló.

Luego tomó a Karalai por los brazos y hundió el rostro en sus cabellos. Todo su ser se agitó a aquel contacto. En un impulso irresistible, acarició a la mujer y la atrajo lentamente hasta el lecho.

Se amaron intensamente durante largo rato. El placer subía a oleadas, estallaba y cedía para volver a renacer en un nuevo impulso.

Descansaron ambos sobre el mismo lecho y al caer la tarde se alzaron y penetraron en la pequeña estancia destinada al aseo. Por primera vez, Karalai rio a carcajadas cuando el agua cayó a chorros sobre su cuerpo y el hombre la lavó y secó cuidadosamente.

Wandori trajo luego algunas viandas y saciaron el hambre y la sed. Fue entonces cuando Wandori sintió sobre sí la intensa mirada de los ojos violetas de Karalai.

—¿Por qué me miras así? —protestó—. Siento como si tu mirada penetrara mi cerebro.

Pero ella callaba.

—Dime, ¿qué piensas? —preguntó él, celoso.

—Me duele que hayas olvidado a las gentes de Xeswoox, a las personas que viven en Xeswooxathis, a todas las criaturas que viven oprimidas por el yugo de Hysthar —pronunció ella, con expresión grave.

Wandori dejó escapar una carcajada festiva.

—Ah, ¿ahora te ocupas de eso? —y volvió a reír. Pero él mismo sabía en lo hondo de su conciencia que aquellas risas eran hipócritas.

—Wandori, tú viste a los clónicos.

—Sí, ¿y qué?

—Tú sabes que Hysthar esté procediendo a la esterilización masiva de las mujeres de Xeswoox.

—Es una vieja historia. Hysthar es una enferma mental y tiene sus manías. Yo estuve a punto de perecer por no plegarme a sus caprichos. Salvé la vida por los pelos. Ahora vivo apaciblemente en Gahangah, me encantan los gampapois y soy feliz a mi manera. Hice cuanto pude hacer, pero no soy un mártir.

Karalai se recogió atrás los largos cabellos.

—Lo siento. Lo siento íntimamente.

—Sientes, ¿qué?

—Que el hombre que amo sea un indolente, un vago, un acomodaticio e irresponsable.

Wandori se encrespó.

—¡No seas injusta! ¿Es vago e irresponsable el hombre que expone su vida y la de otros diez hombres más por salvar a ochenta famélicas mujeres? —protestó.

—Fue una gran obra, pero no hubieras movido un dedo si yo no te hubiera enviado mi petición de ayuda desde Tparaiwa. Ahora quiero que hagas algo más,

—Me volverás loco, Karalai. ¿Qué quieres que haga?

—Debes derrocar a Hysthar —pronunció la mujer.

—¿Estás loca? Hysthar es poderosa, Todos la consideran una diosa, capaz de conceder la vida o la muerte. O incluso de cambiar el destino de las cosas.

—Es cierto —admitió Karalai—. Se propone hacer algo monstruoso. Y nosotros tenemos que impedirlo.

Wandori comenzó a impacientarse.

—Pero ¿por qué tienes que meterte donde no te llaman? Al fin y al cabo, tú eres extranjera.

Karalai tomó una mano del hombre y éste se estremeció. Experimentaba un sentimiento a caballo entre el placer más intenso y el temor a lo desconocido.

—¿Sabes por qué fui confinada en Tparaiwa? —preguntó ella.

—Porque te negaste a dejarte esterilizar. Las otras mujeres me dijeron que a ellas les había ocurrido otro tanto.

—No —negó Karalai—. A mí no me obligó a la esterilización. Sólo quería que secundara sus planes. Wandori, Hysthar sabía que yo procedo de una civilización superior. Ella quería aprovechar mis

conocimientos de Biología, Bioquímica y otras ciencias para llevar a cabo su monstruoso plan.

—¿Qué «monstruoso» plan es ése? La esterilización masiva es un abuso, pero Hysthar adujo que existía una superpoblación en Xeswoox.

—Wandori, tú eres un científico y sabes que eso es falso. Por el contrario, este inmenso planeta apenas está poblado. Los fines de Hysthar son muy diferentes.

—¿Cuáles?

—¿No los adivinas? Ella pretende esterilizar a todas las mujeres para convertirse en la Única Mujer.

—No puedo creer tal cosa. Además, eso es una utopía. Absolutamente imposible.

—Cierras los ojos a lo que es evidente, Wandori. Tú viste en Tparaiwa a más de cien clónicos. Todos ellos eran hijos de Hysthar. En Kooremyrt, existe un gran laboratorio subterráneo, no sólo dedicado a la investigación, sino a la creación de hombres y mujeres absolutamente idénticos a vuestra semidiosa.

—¿Cómo lo sabes?

—Ella misma me lo demostró. Le relucían locamente los ojos cuando me guio a través de las extensas instalaciones. Y vi los embriones con mis propios ojos. El objetivo final de Hysthar es que, finalmente, todos los habitantes de este planeta sean como ella e hijos de ella.

Poco a poco irán muriendo las mujeres esterilizadas. Y también morirán los hombres, excepto aquellos que Hysthar ha seleccionado como padres de sus hijos. Cuando no los necesite, esos sementales morirán igualmente. Al cabo, en Xeswoox sólo quedarán Hysthar y sus legiones de clónicos.

Wandori ocultó el rostro entre ambas manos.

—Pero eso… ¡Eso resultaría horripilante! —susurró.

—Sí. Y por ello debemos evitarlo. La Vida no puede ser como una sola persona decida, sino como sabiamente ha establecido la Naturaleza, que es una fuerza superior a nuestras locas pretensiones. Reflexiona, Wandori: Hysthar está creando una generación de seres sin personalidad, de robots humanos, programados. ¿Recuerdas la reacción de los clónicos de Tparaiwa? Lo hacían todo ciegamente, como autómatas. Cuando fracasaron en su misión de exterminarnos, después de aniquilar a los guardianes, cambiaron súbitamente de actitud y se inmolaron. Para ellos la consigna era cumplir su misión o perecer. Y todo eso es abominable.

Wandori separó el rostro de las manos. Súbitamente parecía demacrado y enfermo.

—Siempre sospeché algo semejante, pero mi mente se resistía a creerlo. Ahora, después de oírte, comprendo que has dicho la verdad —confesó—. ¿Qué podríamos hacer? Tal vez sea ya demasiado tarde.

—No lo es. Por fortuna, Hysthar aún teme una rebelión. Por eso lleva a cabo sus planes de esterilización de forma solapada, lo que vuelve el proceso lento y poco eficaz. Cierto que a estas alturas debe haber esterilizado a miles de mujeres, pero todavía quedan unos cuantos millones sin esterilizar.

—De todas formas, no comprendo qué podríamos hacer nosotros. Hysthar tiene el poder y la fuerza. Nosotros…

—Nosotros tenemos la razón y la voluntad —le interrumpió Karalai con toda decisión—. Y venceremos si nos lo proponemos.

—Pero ¿cómo? —exclamó Wandori, desesperado e impotente.

—La mayor fuerza de Hysthar reside en el silencio. Excepto tú, yo y el profesor Ranna, nadie más conoce los verdaderos designios de esa loca semidiosa. Bastaría con que diésemos a conocer a todos los planes de Hysthar para que las gentes reaccionasen y derribasen del trono a ese esperpento. Yo puedo ocuparme de eso, pero necesito trasladarme a Xeswooxathis. Desde el centro de comunicaciones, impartiremos un mensaje en todas las lenguas y dialectos hablados en el planeta. A partir de ahí, el proceso se desencadenará fácilmente.

—El centro de comunicaciones está instalado en el palacio de Kooremyrt. Aquello es una fortaleza inexpugnable, situada en el centro geométrico de la ciudad y fuertemente vigilada. Nadie podrá penetrar en ella.

Karalai sonrió.

—No es necesario. Yo no necesito entrar para transmitir a todo Xeswoox el mensaje que ambos redactaremos ahora mismo. Poseo fuerza mental suficiente para enviar el mensaje a través de todos los canales. Lo único que necesito es estar en Xeswooxathis o en sus proximidades.

—Por favor, no te precipites —rogó Wandori—. Tus prisas me marean. Karalai: estoy dispuesto a abordar tu plan, a secundarlo. No me importa morir si es preciso. Estando a tu lado, la muerte carece de importancia.

Karalai, enternecida, apoyó sus manos en los hombros varoniles y la besó en los ojos.

—Ahora empiezas a ser el hombre que yo amo —dijo.

CAPÍTULO XIII

EL *Bravo Guerrero*, es decir, el volcán Igu-Waitzá estalló horrísonamente el mismo día de la celebración del Axur-Akayak.

En el gran anfiteatro del volcán extinguido que servía de asamblea a las tribus gampapois, el jefe Athay-Jawar se incorporó vivamente, miró a la lejanía y comprobó que la mole del volcán había volado casi en su totalidad y el lugar se veía envuelto en un apocalipsis de llamas, humo y torrentes de lava.

Al cacique se le humedecieron los ojos.

Murmuró:

—Adiós para siempre, *Bravo Guerrero*. Ahora tendremos que buscar otro cobijo.

—No te lamentes, jefe —susurró el doctor Wandori a su oído—. Es mil veces mejor haber salvado la vida de centenares de tus gentes. Y la tuya misma.

Athay-Jawar rara vez daba su brazo a torcer, pero en aquella ocasión asintió y dijo, también con voz susurrante:

—Eres un hombre sabio, querido Wandori. Nosotros te debemos la vida. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Es muy fácil: a tu alrededor se reúnen siete tribus. Es decir, unas seis mil personas. Háblales, infórmales acerca del peligro que representa Hysthar.

Y Athay-Jawar obedeció. Habló durante largo rato y explicó los planes de Wandori y Karalai como si los hubiese engendrado su propia mente. (Muy cerca de allí, Karalai y el doctor Wandori sonrieron con una expresión de complicidad.)

El Axur-Akayak decidió en asamblea que el grueso de los guerreros

marcharía inmediatamente hacia Xeswooxathis. Trescientos de ellos se trasladarían a la capital en las dos aeronaves de que disponía el doctor Wandori, pues había repostado de combustible la nave en la que el médico se fugase desde la Base de Hakkor. El grueso de los guerreros gampapois esperarían instrucciones, ocultos en las selvas que circundaban Xeswooxathis, y todos obedecerían las órdenes del jefe Athay-Jawar. (En realidad, sería Wandori quien las impartiría, de común acuerdo con Karalai.)

Ese mismo día, se estableció un campamento provisional, donde las mujeres y los niños estarían protegidos hasta que los guerreros regresasen a la nueva aldea de Athay-Jawar, que estaría ubicada en un fértil valle de Hagai-Rampah.

El cacique subió con cierta prevención a una de las naves ovaladas, después de que Jinitrah le precediera. Asombrado, Athay-Jawar lo palpaba todo con la curiosidad propia de un niño. Pero cuando el doctor Wandori aceleró los generadores y la aeronave se alzó del suelo en las proximidades del cráter de Iu, el magnífico Athay-Jawar, jefe supremo de 2.000 guerreros gampapois, palideció y cayó al suelo desmayado.

Esa misma noche, de madrugada, las dos naves tripuladas por Karalai y el doctor Wandori descendieron silenciosas sobre un claro de las selvas de Iupaairing.

En la oscuridad a la que Karalai estaba tan acostumbrada, la bella mujer de los cabellos rojos se encontró con Wandori.

—¿Lo hice bien? —preguntó ella cuando ambos se rozaron.

—Ha sido magnífico. Bastó con unas pocas lecciones para que aprendieras el manejo de una aeronave que a mí mismo me parece complicadísima. ¿Qué debemos hacer ahora? —susurró Wandori.

—Aguardaremos hasta mañana para enviar nuestro mensaje al mundo responsable. Eso dará tiempo a los guerreros de Athay-Jawar para avanzar sobre Xeswooxathis. Descansemos. Mañana será un gran día.

Wandori ardía en deseos de amar intensamente a Karalai aquella noche, pero aceptó la proposición. Antes de retirarse a descansar, ambos dirigieron una mirada a la cercana ciudad, que permanecía silenciosa y oscura. Sólo la altísima silueta del palacio de Kooremyt —situado en el centro de Xeswooxathis— aparecía radiantemente iluminada como un ascua de luz. Los barrios permanecían tristemente adormecidos en medio de las tinieblas. De cuando en cuando, se oía una

vibración penetrante, muy desagradable: eran las sirenas de los cuerpos represivos de Hysthar, que patrullaban noche y día de un extremo a otro de la ciudad.

—Mañana —susurró Karalai. Y besó rápidamente a Wandori y se separó de él.

—Mañana —respondió el hombre. Y se separó de ella con un gran esfuerzo de voluntad.

Karalai despertó mucho antes del alba. Entonces se reunió con Wandori y dijo:

—Ahora debo separarme de todos vosotros para concentrar mi atención en el mensaje. Volveré en cuanto pueda.

Y se alejó entre las frondas. Cuando hubo caminado una distancia prudencial, miró hacia la torre del palacio de Kooremyrt, cerró los ojos y se abstrajo profundamente. Al cabo, concentrada toda su potencia cerebral, envió el mensaje que Wandori y ella habían redactado y que Karalai memorizó inmediatamente:

—*Atención, ciudadanos de Xeswoox. Os habla Karalai, la mujer que Hysthar raptó del planeta Raindstarr. Este es un mensaje para todos los seres humanos responsables, para las personas de todas las razas y todos los sexos. El doctor Wandori y yo pensamos que ha llegado el momento de que conozcáis toda la verdad sobre los irracionales planes de vuestra reina, la falsa diosa Hysthar…*

Pasó el tiempo. Habían transcurrido ya más de dos horas desde que Karalai se alejase y Wandori comenzaba a sentirse intranquilo por su causa.

Impaciente ya, siguió las huellas de Karalai sobre el húmedo mantillo de la jungla y la halló tendida en el suelo, inconsciente.

—¡Karalai, querida Karalai! —clamó, conturbado, creyéndola muerta, pues el rostro de la mujer tenía el color de la cera.

Pero ella abrió los ojos y sonrió dulcemente.

—No temas, Wandori. Estoy bien. Creo que me desvanecí. Es necesario un tremendo esfuerzo para comunicar telepáticamente un texto tan intenso. Ayúdame a levantarme.

La tomó en sus brazos y la llevó con mimo hasta una de las naves, donde la tendió en un lecho y la colmó de caricias. Al cabo de una hora, Karalai se había repuesto y se puso en pie.

—Esperemos que nuestros esfuerzos produzcan el fruto que esperamos —dijo.

Salieron. Alrededor de las naves, los guerreros gampapois dirigidos

por Athay-Jawar y su hijo, aguardaban tensamente.

—Calma —susurró Wandori al oído del jefe—. Todo va bien.

Pero transcurrían las horas y no se advertía ningún cambio en Xeswooxathis. El mismo silencio, la misma tristeza. Ni el menor signo de agitación, de movimiento. Sólo las sirenas se hacían oír de cuando en cuando.

Pero cuando el sol se puso, comenzó a percibirse un murmullo que fue creciendo hasta convertirse en algarabía y en franco alboroto.

En la oscuridad, surgieron unas llamaradas en distintos puntos de la ciudad. Al mismo tiempo y, aunque se encontraban a cierta distancia de Xeswooxathis, pudieron oír claramente gritos, explosiones e incluso destellos cegadores que iluminaban a contraluz la altísima torre vigilante de Kooremyrt.

—Creo que ha llegado el momento —susurró Wandori.

Y Karalai asintió, muy animada.

Seguidos de los gampapois, ambos se abrieron paso en la jungla camino de la ciudad. Nada más llegar a los arrabales, advirtieron ciertos signos de que la revolución había estallado: las calles estaban llenas de gentes que vociferaban y se agitaban y había algunos vehículos volcados: los de las fuerzas de represión de Hysthar.

—¡Mirad! —gritó alguien de pronto—. ¡Son Karalai y el doctor Wandori!

La cabellera de Karalai, roja como una antorcha, era como el signo de la rebelión. En pocos segundos, un grupo de personas habían puesto a su disposición un vehículo en el que se trasladaron velozmente hacia Kooremyrt. No era necesario hacer sonar las sirenas para abrirse paso: la cabellera cobriza de Karalai ondeaba al viento como una vistosa llamarada que la identificase sin necesidad de previa presentación.

El vehículo deslizante cruzó veloz las calles de Xeswooxathis y ascendió la pendiente que terminaba en la colina. Allí, orgullosamente erguida, se elevaba al firmamento la colosal torre de Kooremyrt desde la que Hysthar dominaba a sus forzados súbditos.

Una nutrida muchedumbre se arremolinaba en la explanada. Habían reducido a los guardias y arrancado la puerta acorazada de entrada, pero ninguno de los exaltados se atrevía a entrar. Un temor supersticioso los frenaba.

El vehículo se detuvo y Karalai, Wandori, Jinitrah y Athay-Jawar saltaron fuera. Fue Karalai la primera en avanzar seguida del doctor Wandori. El cacique y su hijo quedaron prudentemente a la entrada

Atravesaron un magnífico vestíbulo y se cruzaron con servidores desorientados que se escondían cobardemente al verles. Ascendieron por la gran rampa helicoidal y se orientaron para llegar a las estancias de Hysthar, pero las hallaren vacías.

—¡El laboratorio! —exclamó Karalai. Y descendieron a toda prisa.

Cuando empujaron la puerta de grueso cristal, una bocanada de aire ardiente les abrasó el rostro. A través de las llamas que brotaron de todas partes en el acto, vieron el trono rodante sobre el que Hysthar solía trasladarse de un extremo a otro de palacio.

La sorpresa les dejó paralizados al escuchar aquella penetrante carcajada. Una enorme silueta, redonda como colosal masa de grasa, reía y reía histéricamente sentada en el trono de metales preciosos: era Hysthar, la semidiosa, un ser monstruoso que se debatía locamente entre las llamas que la acosaban por doquier.

—¡No tendréis a mis hijos! —bramaba—. Jamás podréis contemplar a mis miles, millones de hijos, porque… ¡porque yo he decidido destruirlos antes de desaparecer en medio de este infierno!

Súbitamente, cesaron sus chillidos. Las llamas habían prendido en ella y en sus ricas y ampulosas vestiduras reales. Los metales del trono comenzaron a fundirse e Hysthar desapareció en medio de una gigantesca llamarada verdosa.

Sofocados y medio asfixiados, Wandori y Karalai retrocedieron y escaparon. Cruzaban el amplísimo vestíbulo, cuando el suelo tembló y los gruesos muros vibraron y crujieron espeluznantemente.

Los servidores de Hysthar huían desordenadamente, empujándose, chillando, pugnando por escapar de la catástrofe que se anunciaba próxima. Los más fuertes derribaron a los débiles y no dudaban en pisotearles con tal de ponerse a salvo.

—¡Fuera, fuera todos! —gritaba Wandori con el rostro ennegrecido y los cabellos chamuscados. Y arrastrando a la casi desmayada Karalai se abrió paso y corrió, ya en el exterior, hasta situarse a gran distancia de palacio.

Cuando ambos se dejaron caer al suelo jadeantes, oyeron a sus espaldas un estrépito horrísono y vieron cómo la torre de Kooremyrt se inclinaba a la izquierda y cala pesadamente, aplastando numerosos edificios de las proximidades.

—Creo…, creo que lo hemos conseguido —sonrió débilmente Karalai.

En aquel momento, una gran multitud, formada por varios miles de

personas, les rodeó.

EPÍLOGO

CERCA de ellos rumoreaba el agua cantarina de la cascada. Wandori nadó despacio hacia el verde rincón de la balsa en la que se encontraba Karalai y se reunió con ella.

—Verdaderamente, esto es el paraíso —dijo él, gozoso. Y la besó y acarició su rostro.

—El paraíso verde de Hagai Rampah —puntualizó ella—. No lo cambiaría por nada.

—Pero estuviste a punto de ceder cuando la asamblea de ancianos de Xeswooxathis te aclamó como reina —sugirió Wandori.

Karalai asintió, pensativa.

—Lo confieso: estuve a punto de aceptar —dijo—. Pero pensé en los años de prisión en Tparaiwa, en Keffron y sus secuaces, en las mujeres que murieron en el cautiverio, en Heera, que se desesperaba pero sobrevivió, en el infierno de la mina, en los clónicos… Decidí que ya había sufrido bastante. Pero todo ello no fue suficiente para disuadirme de aceptar el gobierno de Xeswoox.

—¿Qué fue, entonces? —preguntó Wandori.

—Tú. Sé que amas la naturaleza y a esta gente sencilla, los gampapois. Sé que de aceptar lo que me ofrecían en Xeswooxathis, te hubiera perdido. ¿Me equivoco?

—Aciertas. Me hubiera marchado, aunque te amo —declaró el hombre con sinceridad.

—Tú eres el hombre que yo he elegido y viviré contigo hasta el fin de mi vida. En cuanto al gobierno de Xeswoox, existen en la capital hombres sesudos y responsables que sabrán crear un mundo nuevo y esperanzador para los que nos precedan. Y en cuanto a eso…

Wandori la atrajo con fuerza y la obligó a salir de la limpia charca.

—En cuanto a las generaciones futuras, tú y yo también podemos poner nuestro granito de arena —decidió Wandori.

FIN